

GARY COOPER EN LAS AVENTURAS DE MARCO POLO



EDICIONES
RIALTO
MADRID

250
PTA



LAS AVENTURAS DE MARCO POLO

LAS AVENTURAS DE MARGO POLO

BIBLIOTECA-CINE RIALTO

NOVELA CINEMATOGRAFICA



PRESENTA A

GARY COOPER y SIGRID GURIE
EN

LAS AVENTURAS DE MARCO POLO

CON

BASIL RATHBONE Y BINNIE BARNES

Dirección: ARCHIE MAYO

Narración novelada: Amalia Dampierre

ES UNA PUBLICACION DE

AV. JOSE ANTONIO, 54



TELEFONO 23554 - MADRID

AÑO III

• 1944 •

NUM. 47

BIBLIOTECA CINE RIALTO

NOVELA CINEMÁTICA



PRESENTA A

GARY COOPER Y SIGRID BURIE

LAS AVENTURAS DE MARCO POLO

CON

BASIL BATHON Y ELLIE BARKES

Y OTROS ACTORES

DE LA GRAN PANTALLA

DE LA PANTALLA

GRAN



Sociedad de Rivadeneira, S. A.—Paseo de Onésimo Redondo, 28.—Madrid.

LAS AVENTURAS DE MARCO POLO

El presente relato, aunque inspirado en los viajes que en el siglo XIII realizó al Catai—como se llamaba entonces China—el veneciano Marco Polo, es puramente novelesco. La figura histórica del personaje principal ha servido solamente de punto de partida al autor para trazar, sobre el andamiaje de sus viajes, la construcción novelesca que sigue.

I

Nicolás Polo, uno de los más ricos mercaderes de la opulenta ciudad de Venecia, se gozaba viendo el asombro con que unos cuantos colegas suyos admiraban las ricas mercaderías expuestas ante ellos.

Las manos expertas de los mercaderes acariciaban las pesadas sedas, los marfiles finamente labrados, los glaucos jades suntuosos, con voluptuosa suavidad. Nunca habían visto riquezas semejantes. ¿De dónde las había sacado el viejo y astuto negociante?

Nicolás Polo se hizo algo de rogar, saboreando su triunfo:

—Vienen del último contin del mundo—dijo por fin—. Un mercader persa me las ha vendido.

Sus amigos movieron la cabeza incrédulos. Nicolás Polo quería engañarles: en Persia no existían tales maravillas.

—Vienen de más lejos—sonrió el anciano.

—¿De la India?

—Miles de leguas más lejos. Amigos míos, estos tesoros proceden de la China, el mayor y más rico imperio del mundo. Si lográsemos comerciar con él, podríamos adquirir riquezas como las que estáis viendo por casi nada..., y ya os podéis figurar al precio que podríamos venderlas...

Uno de los más viejos comerciantes se acercó a Polo con los ojos brillantes de codicia.

—¿Cuánto se tarda en llegar a la China?

—Mucho más de lo que tú puedes vivir aún, mi querido y anémico primo—sonrió el interpelado—. Hay que surcar los siete mares, escalar montañas de hielo, cruzar desiertos abrasados...

Sus amigos le interrumpieron. ¿De qué servía conocer donde estaban aquellos tesoros, si no se podía llegar hasta ellos?

—Sólo existe un hombre en Venecia—replicó el anciano—lo bastante fuerte y lo bastante listo para realizar este peligroso viaje: mi hijo Marco.

Pasado el primer momento de estupor cada cual fué haciendo objeciones a la persona propuesta: unos lo encontraban demasiado joven, otros, demasiado inexperto en los negocios.

Nicolás Polo las rechazó todas con un ademán de su temblorosa mano. Marco Polo tenía el espíritu aventurero y, además, la suerte parecía ponerse de su lado.

—Porque es mujer—sonrió uno de los comerciantes con picardía—. Todas las mujeres se sienten atraídas por Marco.

—Y no olvidemos—apoyó el viejo Nicolás—que debe haber mujeres en la China.

* * *

Nicolás Polo había encargado a su servidor, Binguccio, que trajese

a su hijo a su presencia. El fiel criado recorría en góndola los canales venecianos, en busca de su joven señor. A veces la embarcación se detenía ante alguna ventana de la que salían ruidos de músicas y cantos alegres.

—¡Margarita! ¿Has visto a Marco Polo?

Una bella veneciana se inclinaba sonriente sobre la balaustrada:

—¡No! ¡Esta tarde no le he visto!

Ante las ventanas de las más famosas bellidades de la ciudad, Binguccio fué repitiendo su pregunta. Ya empezaba a desesperar de encontrar a su amo, cuando, con un suspiro de alivio, oyó por fin una respuesta afirmativa:

—Sí. Marco está en mi casa; pero no quiere que se le moleste.

—Pues tiene que molestarle. Su padre desea verle inmediatamente.

La joven se retiró de la ventana, y entrando en un vasto salón, se acercó a un grupo de jugadores que lanzaban los dados sobre una mesa. Un gallardo mancebo parecía monopolizar la suerte en aquel momento. Todas las apuestas se iban amontonando a su lado.

—Marco, amor mio—le dijo la muchacha, acercándose—, viene a buscarte.

Debilitada por la distancia llegó la voz cascada de Binguccio, anunciando la orden paternal.

Marco embolsó sus ganancias y, seguido de la joven, se asomó al

balcón. De un ágil salto cayó sobre la góndola, que empezó a alejarse:

—Adiós, querida— se despidió Marco. Y sin hacer más caso de la bella, que agitaba su blanca mano desde el balcón, se sentó al lado de su criado:

—¿Sabes a dónde quiere enviarme mi padre esta vez?

—Le oí hablar de China.

Marco enarcó las cejas, sorprendido:

—¿China?

—Sí; China. Es un viaje peligroso...; tal vez no volváis de allí.

Al joven Marco no parecía seducirle la idea de aquel largo viaje; en cambio, Binguccio no podía ocultar su satisfacción. En un arranque de sinceridad, explicó las razones de su alegría:

—Os voy a ser sincero, Marco. Ya voy estando cansado de buscaros por los más intrincados canales de Venecia. La idea de dejar de veros durante algunos años me llena de alegría. Estoy muy contento..., contentísimo...

* * *

Marco escuchaba respetuosamente las instrucciones de su padre, que se extendía prolijamente en detalles y pormenores acerca de lo que debía hacer el muchacho:

—Los orientales—terminó el anciano—son gentes muy raras: no

entienden los negocios de la misma manera que nosotros; pero espero que conseguirás acuerdos comerciales que nos permitan enviar nuestras naves a los mares de China.

Binguccio, algo apartado, escuchaba al anciano distraídamente.

—Arregla tu equipaje, Binguccio—ordenó de pronto el mercader—, porque tienes que acompañar a mi hijo...

El asombro le dejó sin habla unos momentos; por fin pudo tartamudear:

—¿Yo..., se... ñor?

—Sí, tú, Binguccio. Te confío el cuidado de mi hijo.

El pobre servidor tenía veinte razones que le impedían acompañar a Marco. La primera, era el lamentable estado de sus pies, incapaces de soportar una larga caminata... Las demás, serán siempre desconocidas por los historiadores, pues el viejo mercader le despidió con un gesto inapelable, mientras Marco, contento de devolverle la pelota, reía:

—Estoy encantado de que vengas conmigo, Binguccio...; encantadísimo...

Cuando el criado se hubo marchado, el mercader prosiguió, dirigiéndose a su hijo:

—Dos cosas tengo para ti, Marco: la primera, esta carta para Kublai Khan, el más poderoso emperador de la tierra, y que le entregarás al término de tu viaje, en la

incomparable ciudad de Pekín; la segunda, es más valiosa—y el anciano mostró a su hijo una pequeña bolsa de cuero—. Una vez que emprendí un viaje, mi padre me la entregó, diciéndome lo que yo ahora te repito: llénala de las cosas cu-

riosas que encuentres en tu viaje.

—Pero—objetó Marco—solamente cosas pequeñas podrá contener...

—Son las cosas pequeñas—replicó el mercader—las que han cambiado la faz del mundo. Tú me entiendes...

II

Y los dos viajeros emprendieron su aventurada expedición a los dominios del Gran Khan...

Una tempestad arrojó los restos de su nave a las playas de Arabia... Pacientes camellos los transportaron sobre las arenas abrasadas del desierto... Cruzaron altas montañas eternamente cubiertas de nieve... y, tras mil peripecias, llegaron a los dominios del emperador de la China, rodeados por una elevada muralla de miles de kilómetros de longitud... Por fin, ante sus ojos apareció la maravillosa ciudad de las mil cúpulas. Se unieron a la multitud abigarrada que penetraba por la gran puerta guardada por un dragón de piedra:

—Mira, Binguccio, ¡ya estamos en Pekin!—exclamó Marco, triunfante.

—¿Hemos cruzado ya la puerta?

—jadeó el criado, que arrastraba sus hinchadas piernas junto a su amo.

—La acabamos de cruzar, Binguccio.

El inteliz se dejó caer sobre el suelo polvoriento:

—¡Ah!—exclamó—. He cumplido mi promesa. ¡Esta será mi tumba!

—Binguccio—suplicó Marco—,

pide a tus pies que te conduzcan hasta el palacio real.

Peró el servidor ni siquiera intentó levantarse. Sus pies eran dos masas ensangrentadas.

—¡Déjame morir aquí, Marco!

El joven viajero cargó a sus espaldas a su endeble criado, y reanudó la marcha.

—Mi padre—murmuró, mientras le llevaba sin esfuerzo aparente—te ordenó que cuidases de mí para que no me saliese de la senda del deber, y, por lo tanto, tienes que acompañarme.

Marco Polo, cargado con su inerte servidor, fué internándose en la populosa ciudad. Por un momento atrajo su curiosidad un guiso rodeado de ruidosa chiquillería. Nunca había visto en su tierra aquellos muñecos animados que se pegaban y discutían con vocecillas chillonas.

Reanudó su marcha. A su lado caminaba una hija de Confucio llevando a sus espaldas a su tierno retoño. Ladeando un poco la cabeza, advirtió a su criado:

—Binguccio, mira a tu derecha...

Peró no vayas a figurarte que yo soy tu madre...

Pasaban ahora junto a una blan-

ca casa de un solo piso. Tomando el sol, a la puerta se hallaba un chino alto y delgado, rodeado de media docena de chiquillos que le escuchaban atentamente.

—Bienaventurados los pobres de espíritu—decía el chino, leyendo en un pergamino que iba desarrollando—, porque de ellos será el reino de los cielos... Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra... Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos...

Marco Polo, asombrado de oír en aquel país pagano las divinas palabras del Redentor, se había detenido. Sin poderse contener, continuó recitando los versículos del Sermón de la Montaña:

—... alcanzarán misericordia... Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

El chino, alzando los ojos del pergamino, le miró estupefacto:

—¿Conocéis estas palabras?

—¡Claro que las conozco! ¿Sois acaso cristiano?

—No—replicó el anciano—; pero quiero que mis hijos conozcan la verdad de todas las filosofías...

En aquel momento se abrió la puerta de la casa, y la esposa del lector apareció dando unas palmaditas:

—También conviene que conozcan la hora de comer. La cena está servida.

Con gritos de alegría, los chiqui-

llos desaparecieron en el interior de la casa. El filósofo los excusó.

—Lo mismo ocurre en mi país—sonrió Marco—. Primero, comer; luego, filosofar.

—Si sois extranjero—dijo el chino con extremada cortesía—acaso os dignéis honrar mi humilde casa y aceptar nuestra pobre comida...

—¿Ha dicho comida?—exclamó Binguccio, asomando su cabeza tras el hombro de su amo.

Marco, que también estaba hambriento, no vaciló en aceptar una invitación hecha tan amablemente.

Cuando llegaron al comedor, los chiquillos se disponían a devorar el condumio, colocado en medio de la mesa sobre una gran fuente. Su padre les detuvo:

—Quietos, hijos míos. Dios nos ve a todos y sabe que, aunque somos pobres, le damos gracias de lo que se digna concedernos.

Después de una breve oración, Chen Tsu, que así se llamaba el buen filósofo, procedió a repartir el manjar entre su prole. Colocó en los platos, porciones de aquella especie de cintas blancas, que ni Marco ni Binguccio habían visto nunca. Chen Tsu, viendo su perplejidad, sonrió:

—¿Nunca habéis visto esta clase de comida?

—¿Qué son? ¿Gusanos?—inquirió Marco con cierta repugnancia.

—¡Oh, no!—rió el chino—. Es lo que comen los pobres en China desde hace miles de años. Lo llamamos

"spaghet". Os voy a explicar cómo debe comerse.

Chen Tsu colocó entre los dedos de su mano derecha dos largos palillos, y manejándolos con habilidad, cogió con ellos una porción de cintas, las elevó a la altura de la boca y se las engulló bochamente.

A Binguccio le pareció la operación sencillísima: se armó de sus palillos, y habiendo conseguido, después de varias tentativas, pescar las escurridizas cintas, alzó la mano sobre la cabeza, abriendo la boca para recibir las en sus fauces hambrientas..., pero fueron a caerle sobre el pecho, entre las carcajadas de los chiquillos y la sonrisa compasiva de Chen Tsu.

Aquella fué la primera vez que un italiano comía aquellos "spaghet", que, andando el tiempo, debían convertirse en su manjar nacional.

Terminada la comida, Chen Tsu condujo a Marco a la cocina, donde le mostró los rígidos bastoncillos, que al cocer se transformaban en las succulentas cintas tan gratas al paladar. Marco pidió permiso para guardar una muestra en su bolsa.

—Para mi saquito de los tesoros —explicó a Chen Tsu—. Hasta ahora lo he descuidado bastante; pero éste es un buen comienzo. Será un magnífico regalo para mi padre, en Venecia.

Mientras el filósofo chino le iba mostrando su casa, murmuró:

—Siento una gran envidia de vosotros, hombres de Europa.

Marco se asombró. ¿Qué era lo que envidiaba en ellos?

—Habéis recibido la más hermosa de las doctrinas: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

—En efecto —replicó el viajero sonriendo— la hemos recibido y la seguimos... cuando nos conviene. Nosotros los venecianos, por ejemplo, nos llevamos muy bien con nuestros vecinos los genoveses o los florentinos... hasta que tratan de hacernos la competencia en nuestro comercio. Entonces les declaramos la guerra...

Unos gritos que llegaban de la calle, le interrumpieron. Corrió a abrir la puerta, lleno de curiosidad. Ante la casa pasaban dos soldados de aspecto brutal, que llevaban detenido, cargado de gruesas cadenas, a un paria de aspecto miserable.

Chen Tsu hizo entrar a su huésped y cerró la puerta. Marco comentó:

—Vuestro emperador debe ser un hombre muy cruel.

—No —replicó el filósofo—; Kublai Khan es bueno y justo, pero se deja dominar por un consejero que no considera sagrada la vida de un hombre...

—¿Quién es ese consejero?

—Un sarraceno llamado Ahmed: un extranjero. Si habéis venido a pedir algo al emperador, pensad

primero en congratíaros con él. Tratad de convencerle de que sois simplemente un viajero curioso de ver mundo y que no tenéis la menor intención de mezclaros en asuntos ajenos... Hay un proverbio chino que dice: "Hablar demasiado es una manera, como otra cualquiera, de suicidarse".

Marco estaba expresando su agradecimiento a Chen Tsu por aquellos prudentes consejos, cuando unos como pequeños truenos le llenaron de susto. Corrieron hacia el comedor, de donde venía el ruido, y hallaron al buen Binguccio, de rodillas, invocando a todos los santos de la Corte Celestial en su auxilio. Los chinitos reían divertidísimos viendo la cara de espanto del criado. Unas mubejillas de humo y un olor acre flotaban en el aire.

—¡Estos chiquillos! — exclamó Chen Tsu, amenazando a sus hijos con la palma de la mano. — ¿De esa manera honráis a los huéspedes de vuestro padre? ¿Os habéis olvidado de las leyes de la hospitalidad que os he enseñado? — ¡Fuera de mi presencia!

Marcháronse cabizbajos los traviesos pequeñuelos; y el filósofo se esforzó en tranquilizar al pobre Binguccio, que aseguraba que el diablo había salido de debajo del banco en que se había quedado dormido: era solamente un juguete inofensivo, que no hacía daño a nadie...

Pero Marco quería saber qué juguete era el que producía aquel ruido tan extraño.

— Puesto que os interesa — replicó Chen Tsu —, venid a mi laboratorio, y os lo enseñaré.

Y mientras mostraba el camino a su huésped, el buen Chen Tsu todavía iba meneando la cabeza con aire de disgusto:

— ¡Estos chiquillos!

Ante la mesa, llena de retortas, almirices y alambiques, Marco escuchaba atentamente las explicaciones del filósofo:

— Soy sólo un modesto aficionado a la química... Aquí tenéis los polvos de fuego que tanto os interesan: una simple mezcla de carbón, sulfuro y salitre...

Puso unos pocos en un almirice, y prendiendo una pajuela, la aproximó. Una explosión sorda, seguida de una gran humareda, fué el resultado.

Marco estaba muy de asombro.

— Cuando los polvos no están encerrados en algún recipiente completamente tapado — explicó Chen Tsu —, estallan de esta forma inofensiva; pero cuando los vapores producidos no encuentran escape, entonces la explosión es de una gran violencia... Veréis.

El chino tomó, del montón que había sobre la mesa, un cartucho parecido a los que tanto espanto habían causado a Binguccio. Pren-



Puso unos pocos polvos en un almirez, y prendiendo una pajuela, la aproximó. Una explosión sorda, seguida de una gran humareda, fué el resultado.



*...Ahmed apartó del mapa las figurillas de azabache:
—Podéis disponer, Majestad, de todas vuestras tropas...*

dió fuego a la mecha que salía de él, y esperó. Cuando el fuego llegó al interior del cartucho, éste produjo una detonación seca, como un pequeño trueno.

Marco reflexionaba:

—¿Y decís que estos polvos se usan solamente para juguetes?

—Sí... Y también para iluminaciones en los días de grandes festivales.

—Sería una formidable arma de guerra...

Chen Tsu se llevó horrorizado las manos a la cabeza.

—¡Oh, no!... ¡Sería demasiado mortífero!... ¡Demasiado horrible!

Marco entreabrió su bolsa de cuero. ¿Le permitiría llevar algunos de esos cartuchos a su padre, como curiosidad?

Y mientras, obtenido el permiso, guardaba un puñado, sonrió:

—... Aunque, la verdad, creo que preferirá los "spaghet".

Terminada la visita al laboratorio, Marco buscó a su servidor, que, tranquilizado ya su temor a los malos espíritus, se había dormido profundamente.

—Despierta, Binguccio. Vamos al palacio real.

Después de despedirse de su nuevo amigo, los dos viajeros se encaminaron a la residencia del emper-

ador. Un guardia de aspecto imponente les detuvo el paso, a la puerta. Marco llevaba a sus espaldas a su exhausto criado.

—¡Alto! ¿Qué buscáis en el palacio del Gran Khan?

Marco mostró la carta que le diera su padre en Venecia. El centinela la miró y temió por todos lados. Aquellos signos le eran desconocidos.

—No sé lo que dicen estos garabatos. ¿Cuál es tu nombre?

—Marco Polo, Vengo de Venecia.

El capitán de la guardia se había acercado.

—¿Marco Polo!... Sí; ya tenemos noticias de tu viaje. Nuestros mensajeros nos avisan de todo extranjero que traspasa las fronteras del Imperio, desde el Mar de la China a las orillas del Danubio. Mira; ahora llega uno.

Marco siguió con la vista la dirección que le señalaba el capitán. Un halcón gigantesco descendía del cielo para posarse en la más alta torre del palacio.

—Maravilloso país — comentó asombrado.

—Sí... En este país nadie es demasiado insignificante para no ser vigilado constantemente. ¿Qué llevas a la espalda?

—Es el criado que lleva mis libros. ¿Veis cómo lleva uno?

Y, para demostrar su afirmación, Marco dió media vuelta, a fin de

que el capitán de la guardia examinase a su gusto la inerte masa de Ringuccio.

Satisfecho de su examen, el capitán dió orden a uno de sus soldados de que se acompañase al viajero y su "lardo" a las habitaciones que le estaban ya destinadas.

—Muchas gracias—dijo Marco Polo, disponiéndose a seguir a su guía—. Todo lo que necesito es un baño, y mi amigo..., un sitio donde dormir cuarenta y ocho horas seguidas...

Los atormentados pies de Binguccio gozaban, por fin, de las delicias de una inmersión en agua caliente. Con un suspiro de satisfacción, los acababa de introducir en el suntuoso recipiente de cobre labrado, cuando penetró en la estancia el Gran Chambelán.

Era un hombre obeso y ceremonioso, envuelto en una magnífica túnica de seda bordada.

—Espero que tu amo, Marco Polo, haya encontrado el baño a su gusto.

Binguccio, de pie en su barreño, parecía la estatua de la satisfacción.

—Sí. Mi amo ha disfrutado de su baño, y yo estoy disfrutando del mío.

—Mi señor Kublai Khan, Señor del Dragón, Hermano del Sol y de la Luna, está dispuesto a recibirlos...

Y con una nueva reverencia, el Gran Chambelán se marchó por donde había venido, cumplida su misión.

* * *

El Hermano del Sol y de la Luna, un hombre cuyo aspecto bonachón no hacía sospechar tan alto parentesco, se hallaba sentado en su trono de pórfito. Ante él, un gran ma-

pa de su vasto Imperio se hallaba dibujado en el suelo de pulido mármol. Figurillas de marfil, representando sus poderosos ejércitos, guarnecían las fronteras, mientras otras figurillas de azabache indicaban la posición de los ejércitos enemigos.

Los altos dignatarios de la Corte escuchaban respetuosamente las palabras de su emperador.

—Os he convocado—decía el Gran Khan—para informaros de que mis ejércitos del Norte se han reunido ya con los del Sur y los del Centro. Pronto me pondré a la cabeza de todos ellos, para lanzarme a la conquista de las islas del Japón. Es mi deseo que los nobles y dignatarios de mi Imperio, con algunas excepciones, me acompañen en esta expedición.

—¡El Gran Khan ha hablado! —anunció solemnemente el Chambelán.

Kublai Khan llamó a su favorito. Ahmed se acercó. Era un hombre alto y delgado; el turbante ocultaba en parte la espaciosa frente, y sus ojos claros tenían un brillo inquietante. El índice de su mano derecha ostentaba un enorme brillante, símbolo de su elevado cargo.

—Ahmed—murmuró el Gran

Khan cuando el favorito se hubo acercado—, me preocupa todavía la seguridad de mis fronteras del Oeste.

—Supongo—sonrió Ahmed, cruzando las manos—que Vuestra Majestad se refiere a las tropas de Kaidú, el jefe tártaro insurrecto...

—Kaidú dejaría de preocuparnos—prosiguió el Emperador—si los disturbios en su propio campo le ocupasen bastante. Quiero que enviéis muchos espías, para que actúen entre sus tropas.

El favorito sonrió, satisfecho:

—Sería indigno de la confianza que Vuestra Majestad ha depositado en mí si no hubiese previsto esta sabia disposición.

Kublai Khan miró, entre complacido y asombrado, a su primer ministro:

—¡Oh! ¿Habéis mandado ya espías al campo de Kaidú?

—Muchos espías, Majestad, y desde hace varias lunas. Vuestra Majestad no tiene ya por qué preocuparse de Kaidú el Tártaro.

Y así diciendo, Ahmed, cogiendo una especie de pala de largo mango, apartó del mapa las figurillas de azabache que representaban los ejércitos del cabecilla tártaro. Luego, miró con gesto triunfante al Emperador.

—Podéis disponer, Majestad, de todas vuestras tropas. En los diez mil barcos que hay preparados podéis embarcar para la conquista del

Japón, y terminarla en pocas semanas.

Satisfecho de las explicaciones de su favorito, el Emperador dió por terminada su consulta y llamó a su Gran Chambelán.

—Decidme, ¿a quién hemos concedido audiencia hoy?

A las jóvenes que aspiran a ser nombradas damas de Palacio y al Embajador de Persia...

—Los embajadores me aburren—replicó el monarca con un gesto de hastío—. Siempre vienen con alguna queja. ¿Hay alguien más en la lista?

El Gran Chambelán le recordó que también tenía que recibir a un extranjero llamado Marco Polo, que había llegado de la lejana ciudad de Venecia.

—¡Ah! ¡Un romano!—exclamó el Emperador—. Creo recordar que hubo un tiempo en que sus antepasados dominaron el mundo.

Ahmed apuntó, irónico:

—Acaso venga a pedirnos que tributéis al César.

Kublai Khan sonrió filosóficamente.

—Algo vendrá a pedir; de eso podemos estar seguros... Bien: los recibiré a todos.

Un guardia, golpeando la contera de su lanza contra el suelo, anunció la entrada del primer visitante:

—¡Su Excelencia el Embajador de Persia!

Haciendo reverencias, avanzó por

el vasto salón un viejecillo de aspecto ridículo, vestido con una sumptuosa y larga casaca bordada. Una pluma blanca flotaba al viento sobre su turbante recamado de gemas.

Con gesto de cansancio, Kublai Khan pronunció la bienvenida ritual:

—Muy ilustre emisario del muy poderoso monarca de la muy noble nación, ¿de qué venis a quejaros hoy?

El Embajador, después de una nueva reverencia, en la que tocó con la frente las gradas del trono, recitó:

—Mi amo, el muy poderoso Rey de Persia, os envía, oh, Kublai Khan!, sus saludos y desea saber cuándo le enviaréis la novia prometida, mi futura Reina, vuestra bellísima hija la Princesa Kukachin. Mi señor considera que ha llegado el momento de cumplir el contrato matrimonial que tuve el honor de negociar hace...

El Gran Khan, que conocía la verbosidad inagotable del Embajador, le atajó, temeroso de que le recitase los cuarenta y siete artículos del contrato matrimonial.

—Sí... sí, mi querido Embajador. No he olvidado los términos del contrato. Podéis anunciar a vuestro soberano que la Princesa Kukachin embarcará para Persia dentro de siete lunas.

Satisfecho con la respuesta, saludó el Embajador y se retiró, esti-

rando el cuello para hacer crecer su menguada estatura.

Kublai Khan, arrellanado en su trono, meditaba. ¿Cómo pasaban los años! Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que su hija había dejado de ser una niña...

Como adivinándole el pensamiento, Ahmed murmuró a su oído:

—La Princesa es ya una mujer..., una mujer encantadora, digna de ser Reina y madre de reyes...

Y como un eco, repitió Kublai Khan, pensativo:

—¡Y madre de reyes!...

* * *

En los magníficos jardines del Palacio imperial, ante el templete de la diosa de los amores, la Princesa Kukachin conversaba con su dama favorita, Visakha, mientras adornaba el altar de la diosa con grandes crisantemos blancos.

No hay palabras para describir la belleza de la Princesa. Parecía un ser irreal hecho de rosas y jazmines. Sus gestos eran de una elegancia ancestral, transmitida por su dinastía, que en miles de años se remontaba casi a los orígenes del mundo. Había visto al Embajador de Persia cuando se dirigía a la audiencia, y esto le había recordado que pronto tendría que abandonar aquellos jardines encantados y a sus compañeras de juegos, para unirse a un hombre que no conocía.



—¿Quién es?

—Un viajero llamado Marco Polo...



—Perdonad, pero el Gran Khan reclama la presencia de este caballero. Marco, volviendo a la realidad, se despidió de la Princesa...

Sus ojos, color de topacio, miraron interrogantes a su confidente:

—Dime, Visakha —murmuró con una voz que era como una caricia—, ¿tú crees que el Rey de Persia será tan bajito como su Embajador?

—Espero que no, Alteza.

—Claro —prosiguió la Princesa—. No dudo de la sabiduría del Emperador, mi honorable padre; pero preferiría que el Rey mi futuro esposo fuese un poquito más alto que su Embajador. ¿No te parece, Visakha?

La joven dama sonrió:

—Tan alto como Ahmed, ¿verdad, Princesa?

Pero Kukachin hizo un mohín de disgusto.

—No..., no quisiera que se pareciese a Ahmed, bajo ningún concepto...

La Princesa colocó un último crisantemo entre las manos de la diosa. Visakha propuso:

—¿Queréis que os traiga más flores, Alteza?

—¡Oh, sí!... Tengo mucho que agradecer a la diosa. Quiero darle las gracias por lo feliz que he sido hasta ahora..., y por enviarme a Persia, donde voy a ser Reina.

Mientras Visakha se alejaba en busca de flores, Kukachin se postró ante la figura de alabastro:

—Te doy gracias por todo eso, ¡oh, diosa! Sé que el Rey de Persia es un poderoso monarca, y que

llegaré a amarle...; pero, si pudiera ser algo más alto que su...

La Princesa interrumpió su plegaria, y sintiendo que alguien estaba a sus espaldas, volvió la cabeza. Lo primero que vieron sus ojos fueron unas largas piernas varoniles; los alzó con asombro, y fué surgiendo ante ella la figura del hombre que soñaba su imaginación. Más alto y más apuesto que cualquiera de los magnates de Palacio, Marco Polo la miraba arrobado.

—Siento haber interrumpido vuestras oraciones—murmuró el viajero, excusándose—. Me estaba paseando por el jardín, y me sentí atraído irresistiblemente por la maravillosa belleza de... esas flores.

Kukachin se había enderezado. Sintiéndose a la vez atraída y atemorizada por aquel desconocido, decidió acercarse, pero protegiéndose tras el tronco de un abeto centenario, cuya rugosa corteza hacía resaltar más la maravillosa tersura de su cutis.

—¿Quién sois?

—Un viajero llamado Marco Polo.

Los labios rojizos de la Princesa saborearon el nombre exótico como un bombón.

—Marco Polo... Marco Polo... ¡Qué extraño nombre!

—Es vulgar en el país de donde vengo, y nunca sospeché que pudiese sonar tan bien a mis oídos.

La Princesa sonrió halagada. Ven-

cida su timidez, ahora quería saber de dónde venía aquel extranjero.

—De una ciudad llamada Venecia —explicó Marco—, edificada en parte al borde del mar y en parte sobre el mar mismo—. Está lejos, muy lejos de aquí.

—¿Y a qué habéis venido a Pekín?

—Porque me dijeron que si cruzaba los abrasados desiertos y escalaba las montañas heladas llegaría a ver lo que nadie en mi país ha visto nunca..., y ahora comprendo que me dijeron la verdad.

Kukachin, abandonando la protección del tronco, se había acochado fascinada al extranjero.

—Venís de un mundo extraño... Ni siquiera miráis como las demás personas.

En efecto, Marco devoraba con los ojos a la bellissima Princesa.

—¿Nadie os ha mirado como lo estoy haciendo yo ahora?

—¡Oh, no!

—Entonces es que los hombres de este país no saben apreciar sus tesoros.

Ella, deliciosamente turbada, bajó los ojos.

—No comprendo lo que queréis decir, Marco Polo...

—Pues quiero decir—replicó Marco apasionadamente—que sois maravillosa, exquisita, que ni en sueños pude imaginar una criatura como vos... Que las penalidades de mi viaje han sido terribles, pero que vos me las habéis hecho olvidar... Que quisiera que me dijeseis quién sois...

La llegada del Gran Chambelán interrumpió el diálogo. Después de hacer una reverencia a la Princesa, anunció:

—Perdonad, pero el Gran Khan reclama la presencia de este caballero.

Marco, volviendo a la realidad, se despidió de la Princesa:

—Tengo que marcharme, pero espero que os volveré a ver.

Mientras Kukachin, arrobada, miraba alejarse a los dos hombres, su dama de honor llegó cargada con una gran brazada de crisantemos blancos.

—Visakha, ¿le has visto?—preguntó la Princesa señalando a Marco.

—Sí, y es muy alto.

Y Kukachin, silabeando con deleite el nombre amado, le informó:

—Y su nombre es Marco Polo...

IV

—Marco Polo, humillaos ante la majestad del Emperador Kublai Khan—dijo el Gran Chambelán cuando hubieron llegado ante las gradas del trono.

Marco hizo una profunda reverencia.

—Majestad, me humillo ante vos.

El Gran Khan hizo un gesto para que el viajero se aproximase.

—Bien, con esa reverencia queda cumplido el protocolo. Os presento a Ahmed, mi Ministro de Estado, Es sarraceno y desciende de los Reyes de Babilonia. Es insustituible por su talento diplomático y por su habilidad en cobrar los impuestos. Sea lo que sea lo que pretendáis conseguir en China, Ahmed cuidará de que no lo consigáis.

La sonrisa de Marco fué de la más perfecta inocencia.

—Majestad, no he venido a pedir nada. Mi viaje es de pura curiosidad. Habiendo oído hablar de las maravillas de vuestro Imperio, he querido conocerlas.

Kublai Khan, extendiendo la mano, señaló el mapa trazado en el suelo.

—Ahí podéis ver mi reino.

—Y observaréis—intervino

Ahmed, acercándose a Marco—que es muy extenso y está muy bien fortificado.

La Princesa había penetrado en el salón del trono y se acercaba a su padre. Al pasar junto al Ministro de Estado le saludó negligentemente.

—Buenos días, Ahmed.

—Salud, Hija del Cielo—replicó éste respetuoso.

El Gran Khan hizo sentar a la joven a su lado.

—Marco Polo, ésta es mi hija, la Princesa Kukachin.

El viajero quedó desconcertado. ¡La bella joven cuya imagen no podía horrar de su pensamiento era la hija del Gran Khan, la Princesa imperial!

El Monarca se dispuso a explicar a la Princesa quién era Marco Polo, pero ella le interrumpió:

—Ya lo sé todo. Marco Polo me lo ha estado contando...

—¿Ah, sí?—sonrió el Gran Khan— Amigo Marco, por lo visto ya habéis empezado a conocer las maravillas de nuestro Imperio...

Imponente y majestuoso, el Gran Chambelán se acercó de nuevo para anunciar que las jóvenes aspirantes a damas de Palacio esperaban a que Su Majestad se dignase examinarlas.

—Que entren—ordenó Kublai Khan—. Marco Polo, acercaos. Creo que esto os interesará. Cada año mis comisarios eligen las más bellas doncellas del Imperio. Son las candidatas a servir de damas en la Corte.

Mientras hablaba, una veintena de bellísimas jóvenes se había acercado al trono y esperaba en actitud respetuosa.

—¿Soportan la comparación con las damas de Venecia, señor Marco Polo?—preguntó el Emperador con legítimo orgullo.

Marco, experto conocedor de la belleza femenina, confesó:

—La comparación les es muy favorable, Majestad. Este viaje está resultando cada vez más instructivo.

El Gran Khan estaba indeciso; todas le parecían igualmente bellas y dignas de ser elegidas. Ahmed hizo una sugerencia:

—Majestad, Marco Polo parece un hombre inteligente, tal vez él pudiera ayudaros en la elección.

Kublai Khan aceptó encantado, pero Marco Polo protestó:

—Lo siento, Majestad, pero es imposible: todas ellas son perfectas de rostro y formas, y a menos que me permitáis probarlas...

—¡Probarlas!—protestó el Gran Khan, no comprendiendo bien lo que el veneciano quería decir con aquella palabra.

—Me refiero—explicó Marco—a probar su inteligencia.

—¡Ah!—exclamó el Emperador, tranquilizado—. En ese caso podéis hacerlo.

—Me limitaré a hacer la misma pregunta a todas ellas por separado.

V Marco Polo fué llamando una a una a las jóvenes y musitando algo a su oído. Un gesto de extrañeza era su primera reacción, y después de meditar más o menos tiempo se iban dando su respuesta en voz baja.

Marco las iba clasificando en tres grupos. Cuando todas hubieron respondido, se dirigió al Monarca:

—Señor, a todas ellas he hecho esta pregunta: "¿Cuántos dientes tiene una tortuga?" Las de este grupo han respondido por un número concreto: unas han dicho cien y otras han dicho doce: todas han hablado atolondradamente. En mi opinión deben ser descartadas.

—Tenéis razón—aprobó el Monarca—. No me gustan las mujeres atolondradas... ¡Que se vayan!

Lanzando miradas de odio a su examinador, las jóvenes suspendidas se retiraron. Marco señaló al segundo grupo.

—Estas, Majestad, han dado una respuesta acertada: han dicho que las tortugas no tienen dientes...

—Entonces quedan elegidas—interrumpió el Gran Khan.

—No es ese mi consejo. En mi opinión estas jóvenes saben demasiado.

—Tenéis razón. Quedan despedidas también.

Marchóse el segundo grupo y Marco se acercó a las jóvenes restantes.

—Estas son las jóvenes cuya elección recomiendo a Vuestra Majestad. A mi pregunta han contestado: "No lo sabemos", lo que demuestra que son a un tiempo sencillas y sinceras.

Kublai Khan, poniéndose en pie, abrazó al viajero:

—Marco, recibid mi felicitación y mi gratitud. Habéis hecho una admirable selección. Vosotros, los bárbaros, sois asombrosos.

Aquel calificativo dejó asombrado al ciudadano de la más culta ciudad de Europa.

—¡Bárbaros, Majestad!

—Sí—sonrió el Hermano del Sol y de la Luna—. Apenas contáis unos cientos de años de cultura. Nosotros tenemos miles de años de experiencia, y esto nos hace meditar largo tiempo una decisión que vosotros tomáis bruscamente, de un salto.

—En este caso, Majestad—sonrió Marco con picardía—, el salto estaba justificado.

Complacido del ingenio del visitante, el Gran Khan ordenó a Ahmed que cuidase de que Marco tuviese una estancia agradable en la China, quedando autorizado para ser introducido a su presencia siempre que lo deseara.

La audiencia había terminado. Ahmed se dispuso a mostrar el palacio al viajero.

Cuando atravesaban uno de los larguísimo corredores del Alcázar se tropezaron con Binguccio, que buscaba ansiosamente a su amo para anunciarle que el Gran Khan le concedía audiencia.

—Siempre llegas tarde, Binguccio—rió Marco—. Acabo de ver a Su Majestad—y volviéndose al Ministro de Estado—: Excelencia, este hombre es...

—Ya lo sé: el que lleva vuestros libros—interrumpió Ahmed—. ¿Queréis venir con nosotros? Estoy enseñando a vuestro amo las maravillas de nuestro palacio.

Siguieron andando por el largo corredor que terminaba en una gran puerta de cedro macizo guardada por dos imponentes guerreros. Ahmed ordenó abrirla, y mientras le obedecían explicó:

—Nos acercamos a mis habitaciones particulares. Como veis, tengo una torre para mí solo... una fortaleza dentro de la fortaleza.

En efecto, la puerta de cedro se abría sobre el vacío. En frente de ella se alzaba una torre cuadrada en el centro de un gran patio, y su puerta de acceso estaba igualmente a muchos metros sobre el suelo.

A una señal de Ahmed un puente levadizo fue tendido desde la torre, abriendo un camino sobre el abismo.

Cruzando el puente, los tres hombres penetraron en una vasta estancia de paredes desnudas y blanqueadas.



—Señor, a todas ellas he dado esta pregunta: "¿cadutoa ñovitas tiene una tortuga?"...



—¿Puede saber a qué os referís?—indagó Marco.
—Lo dejo a vuestra comprensión.

—No es muy alegre—explicó Ahmed—, pero es muy útil en ciertos casos. Mirad.

Y acercándose a una gran cortina, la descorrió. Sobre una gruesa barra se hallaban posados unos gigantes buitres, con las garras sujetas por gruesas cadenas.

Tocando un resorte, Ahmed hizo que uno de los buitres quedara suelto. Echó sobre una mesa de mármol un trozo de carne cruda, y el ave gigantesca de un vuelo se posó sobre ella. Mientras el buitre destrozaba con pico y garras la sangrienta piltrafa, Ahmed explicó:

—Estos pájaros me son muy útiles cuando tengo algún huésped poco amigo de conversar. Basta dejarle un rato en su compañía.

—Comprendo que ello le desate la lengua—comentó Marco.

—Sois un gran observador, amigo mío—sonrió siniestramente el Primer Ministro—. Es una admirable cualidad, que seguramente os salvará del peligro de mirar lo que no debéis.

—¿Puedo saber a qué os referís?—indagó Marco.

—Lo dejo a vuestra comprensión.

En aquel momento entraron dos soldados arrastrando a un ineluzible ensangrentado y con las ropas desgarradas.

—Marco Polo—dijo Ahmed—, os presento a mis dos fieles servidores, Bayan y Toctai. El rostro de Toctai está, desgraciadamente, algo

desfigurado a consecuencia de una pequeña discusión con uno de mis buitres. Es el más hábil de mis verdugos. La piltrafa humana que traen detenida era un apuesto oficial de los ejércitos del caudillo rebelde Kaidá. Cometió la equivocación de introducirse en Palacio para espiar, y fué cogido "in fraganti".

—En efecto, es una grave equivocación—reconoció Marco.

Ahmed se dispuso a hacer hablar al prisionero, pero Toctai le hizo una seña llevándose la mano a la boca.

—¿Qué lástima!—sonrió Ahmed con indiferencia—. Parece ser que el desgraciado ha perdido su lengua. Bien, Toctai: seamos piadosos con él y pongamos un término a sus padecimientos.

El esbirro apretó un botón simulado en la pared, y abriéndose el suelo bajo las plantas del prisionero, éste fué a caer en un foso. Unos horribles ruidos llenaron la estancia. Marco y Binguccio se asomaron al borde de la trampa y sólo vieron ya un grupo de enormes leones disputándose unos sangrientos despojos.

—Estáis haciendo un viaje de estudios, señor Marco Polo—dijo Ahmed, clavando sus ojos fríos y penetrantes en su huésped—. ¡Que ésta sea vuestra primera lección!

—No la olvidaré—replicó Marco con un escalofrío.

V

En las magníficas habitaciones que les habían sido destinadas en el alcázar, Marco y Binguccio conversaban.

Sentado en un taburete, ante una mesa bajita, Binguccio iba anotando en su gran libro las incidencias del viaje. Pero no podía escribir tranquilo. A cada paso su amo hacía estallar alguno de los petardos que le regalara su amigo Chen Tsu.

— ¡Es maravilloso! — comentó Marco haciendo estallar el centésimo petardo.

Binguccio volvió a llevarse un poco más lejos su mesita y su libro.

— ¿Maravilloso? — replicó, tapándose los oídos — ¿Os dais cuenta de que en los siete días que llevamos aquí sólo os habéis ocupado de poner ojos tiernos a la Princesa y de prender fuego a esos malditos juguetes?

— Me estoy instruyendo, Binguccio. ¿No comprendes que con una suficiente cantidad de estos polvos se podría hacer temblar la tierra?

— No lo dudo; pero, ¿no creéis que ya es hora de que emprendamos el regreso a Venecia?

Marco abandonó su asiento y empezó a pasear por la estancia.

— Tendrías que estudiar la filosofía china acerca del tiempo, Binguccio. ¿Qué es un día? Solamente la trescientas sesenta y cinco parte de un año. ¿Y un año? No es más que la centésima parte de un siglo. El tiempo es una cosa muy relativa, y nunca hay que apresurarse...

A través de las celosías de la ventana había visto pasear por el jardín a la bella Princesa y Marco olvidó en un momento toda filosofía del tiempo. Un minuto ya no era una cantidad despreciable del tiempo infinito, sino un siglo que le separaba de su amada:

— En seguida vuelvo — dijo Marco, dirigiéndose al jardín.

— ¿Adónde vais?

Desde la puerta, el veneciano dió una respuesta ambigua:

— A aprender algo más de la filosofía china.

Binguccio, con un suspiro de satisfacción, se dispuso a reanudar su trabajo. Sobre la mesa había caído uno de los petardos que no habían llegado a estallar. Lo miró un momento con odio, y luego, cogiéndolo con precaución, lo arrojó lejos de sí. El petardo estalló entonces estrepiti-

tosamente, mientras Binguccio se tapaba nuevamente los oídos. Estaba convencido, dijese lo que dijese su amo, que aquello era cosa del demonio.

Marco se acercó por detrás a la Princesa que, junto al gran estanque, echaba de comer a las carpas doradas.

—¿Me permitis que os haga una pregunta, tal vez indiscreta?

Kukachin le miró con sonrisa maliciosa.

—¿Es a propósito de las tortugas, Marco Polo?

—Oh, no...; lo que quiero saber es si..., si las princesas de este país pueden casarse con gentes plebeyas.

—A veces.

A Marco le dió un vuelco el corazón.

—¡Magnífico!... Entonces, ¿podréis casaros con el hombre que améis?

La Princesa bajó los ojos y siguió tristemente las evoluciones de las carpas.

—Debo casarme con un rey.

Marco no pudo menos de pensar en Ahmed.

—¿Con un verdadero rey o con alguien que tiene el poder de un Rey?

—Cuando aun estaba en la cuna —replicó Kukachin lentamente— me prometieron al Rey de Persia.

—¿Y le habéis visto alguna vez?

—No; pero sé que es un gran hombre.

—¿Creéis que podréis ser feliz con él?

—¿Por qué no? Seré Reina de Persia.

—Es verdad. ¿Y cuando tendrá lugar ese feliz acontecimiento?

—Dentro de siete lunas emprenderé mi viaje a Persia.

La Princesa se había puesto en pie y ahora los dos jóvenes paseaban por el jardín. Una sombra se deslizaba entre los árboles espáñoles.

—Si yo fuese Rey de Persia —prosiguió Marco— estaría muerto de impaciencia. Vais a casaros con él, Princesa, y no le amáis.

Habían llegado ante el altar de la diosa de los amores. Kukachin miró pensativamente a la blanca estatua:

—Le amaré, Marco Polo. Él pondrá la semilla del amor en mi corazón y crecerá como un cedro poderoso... y mi corazón le pertenecerá para siempre.

Marco la miró apasionadamente.

—Debo deciros adiós, Princesa. Creo que debo emprender el regreso a mi patria. Mi corazón me advierte de un grave peligro...; ya he oído otras veces su advertencia, pero nunca con tanta fuerza como ahora. Aunque seáis una Princesa, cuando miro vuestros ojos sólo veo que son los más bellos del mundo; cuando toco vuestra mano, sólo



... A cada paso va ama hacia estallar alguna de los fetardos que le regalara su amigo Chan Trá.



... Estampó un luego beso en tu mano, mientras musitaba de forma que sólo le oyese Kudachin:

—Mándame un mensaje, si me necesitas...

siento su delicioso y suave contacto; pero antes de marcharme quisiera pedirnos un favor.

—¡Ah, sí!—sonrió la Princesa—. Queréis un recuerdo. Os daré mi pañuelo de encaje o una cinta de mi tocado.

Marco hizo un gesto negativo.

—No, Princesa. Las cintas y los pañuelos se ajan demasiado pronto...; quisiera daros un beso de despedida.

—¿Un beso?—preguntó Kuchin sorprendida—. No sé lo que es eso.

—Es una costumbre de mi país.

Y Marco se dispuso a dar a la Princesa una lección práctica de aquella costumbre desconocida en el Imperio del Gran Khan.

* * *

Tumbado sobre su lecho de reposo, Ahmed, desnudo de cintura para arriba, recibía los cuidados de un forzado masajista. Toctai, su fiel esbirro, escuchaba respetuosamente las instrucciones que le daba su señor.

Según las noticias de los espías, la rebelión de Kaidù el Tártaro empezaba a tomar un aspecto peligroso. Era preciso tomar una determinación antes de que el Emperador supiese que el motivo de la misma eran los impuestos excesivos que Ahmed les obligaba a pagar. Toctai y Bayan, disfrazados de tártaros, de-

bían infiltrarse en las tropas de Kaidù.

—¿Y asesinarle?—preguntó el esbirro con un brillo feroz en los ojos.

—Primeramente esparciréis el descontento entre sus hombres. Hacedles creer que los impuestos los cobra y se los queda Kaidù... y cuando se te presente una oportunidad, mátale.

—¿Y qué dirá Kublai Khan?—interrogó inquieto el esbirro.

—Eso es de cuenta mía—sonrió Ahmed siniestramente—. Partid inmediatamente, y si todo va bien, a vuestro regreso yo seré ya vuestro Emperador y os haré nobles.

Bayan, el otro esbirro del ministro, acababa de entrar en la estancia. El gesto de asombro que había en su rostro inquietó a Ahmed.

—¡Habla, Bayan! ¿Qué noticias me traes?

—Señor—dijo el esbirro acercándose—. Se han vuelto a encontrar en el jardín. Ella le ha dicho que se va a casar con el Rey de Persia.

—Y él, ¿qué ha hecho?

—La ha llevado ante el altar de la diosa, y allí han juntado sus caras y han hecho esto.

Y el esbirro, frunciendo sus labios, trataba de mimar un beso. Ahmed, de pronto, no comprendió lo que pretendía explicarle su siervo, que más bien parecía querer imitar a un cerdo hociqueando la comida.

—Pero, ¿qué es lo que hacían?—se impacientó Ahmed.

Y Bayan, para explicar más cía-la verdad, no comprendo por qué... ramente aquel gesto desconocido, —¡Pues yo sí!— gritó Ahmed, cogió a Toctai por la cintura y tra-que por ser también extranjero, co-tó de poner sus morros velludos en nocia las extrañas costumbres de los no menos velludos de su com-los occidentales.

pañero. Toctai, indignado, le recha- Y rechazando al masajista se zó de un empujón. puso en pie.

—Esto es lo que hacían, Exce- —¡Pronto, Madia!—ordenó a su lencia—insistió el esbirro—; pero ayuda de cámara—. ¡Mi traje!

VI

Obedeciendo a la llamada de Kublai Khan, Marco penetró en el salón del Trono.

—¿Me habéis mandado llamar, Majestad?

El Emperador apartó los ojos del pergamino que estaba leyendo y contempló a su huésped con una sonrisa ambigua:

—Tenéis un espíritu aventurero, amigo mío, y creo que puedo ofrecer la ocasión de ejercitarlo. Quiero que vayáis al campo de Kaidú. Os introduciréis como un simple viajero curioso de ver tierras y cooperaréis con mis espías ayudándoles a dar muerte a este vasallo rebelde.

Marco trató de eludir la peligrosa comisión. El no tenía costumbre de matar a nadie ni creía servir para eso. Además, era un simple viajero que visitaba aquellos reinos por mera curiosidad.

Ahmed, que hasta entonces permaneció silencioso con los brazos cruzados, en pie a la derecha de su señor, habló:

—Cuando apenas estabais a veinte leguas de Venecia, ya conocíamos aquí el objeto de vuestro viaje, amigo Marco Polo.

El Monarca sonrió con ironía:

—Para hablar sin circunloquios, como acosiumbráis a hacerlo vosotros los occidentales, os diré claramente que si nos hacéis este favor es posible que a vuestro regreso estemos más inclinados a concederos esos acuerdos comerciales que tanto apetecéis.

Marco admiró en silencio la sutil astucia de aquellos orientales: que, conociendo sus propósitos secretos antes de su llegada, le habían dejado creer hasta entonces que los ignoraban.

—Está bien—accedió—. ¿Cuándo debo partir?

Esta vez fué Ahmed quien respondió:

—Ahora mismo. Iréis escoltados por una patrulla de hombres de confianza.

—Adiós, Marco Polo—añadió el Monarca, agitando su mano fofa en signo de despedida—. Espero que hagáis un buen viaje..., y que estéis de regreso antes de que trancurran muchas lunas.

Marco entró en sus habitaciones y, acercándose a Binguccio que dormía placidamente soñando que se encontraría de regreso en su amada Venecia, lejos de todos aquellos hombres enfermos de ictericia, le despertó sacudiéndola violentamente de un brazo:

—¡Arriba, Binguccio! ¡Prepara el equipaje! ¡Nos vamos!

Volviendo a la triste realidad, el criado abrió los ojos soñolientos.

—¡Nos vamos! ¿A dónde?

—¡Hacia el Oeste!

—¡Bravo! —aprobó el servidor esperanzado al oír la dirección de la ruta—. ¿Volvemos a Venecia?

—¡No! —sonrió Marco—. Vamos a meternos en la boca del lobo...

Binguccio no replicó, pero su rostro reflejó la desesperación más profunda...

Mientras Binguccio preparaba el equipaje, Marco se paseaba por el jardín, meditando. Hubiera dado cualquier cosa por poder ver a la Princesa antes de partir.

Una voz melodiosa y conocida sonó a sus espaldas.

—¡Marco Polo!... ¡Marco Polo!

—¡Princesa Kukachin! —exclamó volviéndose, feliz.

—Marco—preguntó ansiosa la Princesa—, ¿por qué os mandan al Oeste, a la provincia de Kaidù?

¡No debéis ir!

—¿Por qué no? ¿Corréis, acaso, algún peligro?

—Yo no, Marco...; pero Ahmed quiere deshacerse de vos. No os dejará volver con vida.

Marco no comprendía en qué podía estorbar su humilde persona a los planes del Ministro de Estado.

—Os teme—afirmó Kukachin recostándose en el hombro del viajero; y mientras su mano le rozaba sucesivamente en la frente, en el brazo y en el corazón, prosiguió:

—Sí... os teme porque sois más fuerte que él de aquí... de aquí y de aquí. ¡No conocéis a Ahmed, Marco! Desapareceréis sin que nadie sepa qué se ha hecho de vos.

Marco, olvidado de los peligros que le amenazaban, sólo pensaba en contemplar a su adorada.

—La sería igualmente fácil hacerme desaparecer aquí—replicó por fin, recordando la trampa del cuarto de Ahmed—. Pero si voy a esa misión y soy útil al Emperador, vuestro padre, tal vez entonces...

—¿Entonces qué, Marco?

—Entonces, tal vez la diosa de los amores os diga que no debéis emprender el viaje a Persia para desposaros con el Rey...

Y Kukachin, melosa, le sonrió:

—No tendrá que decírmelo, Marco... ya lo ha dicho...

Feliz ante la ingenua y apasionada confesión, Marco iba a estrechar a la Princesa contra su pecho,

cuando una sombra se interpuso entre los dos jóvenes.

Ahmed se hallaba ante ellos, y con irónica sonrisa se excusaba de interrumpir la charla, pero los caballos estaban ya listos y Marco Polo debía partir inmediatamente.

Tomando la mano, blanca y suave como un lirio, que la Princesa le tendía, Marco la acercó a sus labios.

—Alteza, tal vez no nos volvamos a ver, y os pido que me permitáis despedirme de vos a la moda de mi país.

Y así diciendo, estampó un lar-

go beso en el dorso de la mano, mientras musitaba de forma que sólo le oyese Kukachin:

—Mandadme un mensaje, si me necesitáis.

Impaciente, Ahmed tomó del brazo a Marco y le obligó a separarse de la Princesa.

—¡Adiós, Marco Polo!—le gritó esta, viendo cómo se alejaba.

—¡Adiós, Princesa Kukachin!—repetió Marco varias veces, volviendo la cabeza hasta que la perdió de vista tras los árboles del jardín.

VII

Durante largas jornadas, Marco y Binguccio caminaron en dirección a la lejana provincia del vasallo insurrecto Kaidú, escoltados por los hombres de Ahmed.

Habían llegado a un terreno áspero y abrupto. Junto a un frágil puentecillo echado sobre un profundo precipicio, la caravana se detuvo.

Bayan mostró el terreno fragoroso que se extendía al otro lado del puente.

—He ahí el territorio de Kaidú. De aquí en adelante debéis de proseguir solos vuestro viaje. ¡Adiós, Marco Polo!

—No me digáis adiós, Bayan. Nos hemos de volver a ver.

—¿Vos creéis? —sonrió Bayan incrédulo.

—Sí. Saludad, de mi parte, a vuestro amo. ¡Hasta la vista!

Y, seguido de su criado, Marco hizo avanzar su cabalgadura por el puentecillo.

Bayan y sus hombres, desde el otro lado del precipicio, los vieron internarse en los dominios del terrible Kaidú. Pocos pasos habían dado los dos viajeros, cuando los

centinelas, apostados para guardar la entrada en la zona rebelde, se abalanzaron, con feroces gritos, sobre los intrusos.

Bayan vió cómo, después de una corta lucha en que estuvieron a punto de caer en el precipicio, eran apresados los viajeros, y seguro ya de que su suerte estaba echada irremisiblemente, mandó volver grupas a la cabalgadura y partir a llevar a Ahmed la nueva de la muerte de su rival.

* * *

El que hubiese visto al terrible jefe Kaidú en aquel momento, no hubiese creído justificada su fama de cruel y sanguinario. En su inmensa y redonda tienda de campaña, alfombrada y recubierta de pieles de "yack", se hallaba sentado ante la mesa, en la que una bellísima sirvienta disponía las viandas del desayuno.

Kaidú la miraba con ojos tiernos y le hacía una corte asidua, ofreciéndole toda clase de venturas el día que pudiese casarse con ella.

Se entreabrió la cortina de la

tienda y una mujer alta y rubia, bella, pero de aspecto autoritario y despótico, entró en el recinto.

Al verla entrar, la actitud de Kaidú cambió por completo.

—¡Esta leche de cabra está agria! —gritó a la sirvienta—. ¡Llévate ahora mismo y tirasela a los perros!... ¡Márchate!

Y volviéndose a la recién llegada, la acogió con tono manso y sumiso, tratando de disipar el nublar que se le venía encima:

—¡Nazama! ¡Hermana mía!... Llegas a tiempo para desayunar...

Pero el ceño de Nazama no se desahugó.

—¿Quién era esa mujer, Kaidú?

—No lo sé. Nunca la había visto hasta hoy —mintió el Jefe rebelde—. Toma, prueba estas frutas, son deliciosas...

Pero de un manotazo, la irascible Nazama lanzó por el suelo el cestillo de frutas.

—¿No sabes que no puedes casarte hasta que yo haya encontrado marido?

—Sí, hermanita—replicó mansamente el toroz Kaidú.

—Entonces —conciuyó Nazama, amenazadoramente—, ¿que no vuelva a sorprenderte haciendo la corte a ninguna mujer!

—No lo haré más, Nazama, hermanita querida—prometió Kaidú.

* * *

Cuando Kaidú salió de su tienda, todos sus soldados le miraron con respeto y temor. Lejos del influjo de su dominante hermana era otra vez el fiero y valiente guerrero ante quien todos temblaban.

Tenia que juzgar el caso de Soon Chung, capitán del segundo cuerpo de Ejército que había condenado a muerte a ocho soldados sin dejarles justificarse. Los testigos afirmaban que aquellos soldados eran fieles y leales a Kaidú, dispuestos siempre a luchar y morir por él.

—Que le frian en aceite hirviendo!—sentenció Kaidú sin pararse a pensar que él tampoco dejaba al capitán que se justificase—. ¿Qué otro asunto hay?

Un oficial se acercó, empujando delante de él a Marco y Binguccio, maniatados.

—Una patrulla ha capturado a estos dos espías de Kublai Khan cuando pasaban el puente de Noong Pa.

—Señor, pronunció Marco—. Mi nombre es Marco Polo, representante de la Casa Polo Hermanos, honorables comerciantes, y éste —y señaló a Binguccio, que temblaba de miedo— es mi contable.

—Bien—rugió Kaidú—. ¿Qué es lo que alegáis?

—Que somos viajeros de comercio, señor, y no espías, y que venimos de Venecia.

—¿Venecia? Nunca oí hablar de esa ciudad. ¿Dónde está?

—A través de los inmensos desier-

tos y las nevadas montañas, muy lejos, hacia el Oeste.

Kaidú lanzó una carcajada.

—Entonces, ¿por qué os han encontrado en el paso de Noug Po, que se encuentra al Este? Si os torturan un poco, creo que nos diréis que venís del Sur.

Ya iban a llevarse a los dos prisioneros para someterlos a tortura, cuando Nazama, que habla estado presenciando la escena y que por fin había creído encontrar en Marco el hombre digno de ser su esposo, intervino:

—¡Esperad un momento! ¿De dónde habéis dicho que venís, extranjero?

Nazama le miraba con ojos tiernos. Marco, sintiendo renacer la esperanza, replicó con su más seductora sonrisa:

—De Venecia, señora. Una ciudad conocida como la cuna de la poesía y el amor, y que está muy, muy lejos, hacia el Oeste.

—¿Y a qué os dedicáis?

—Me ocupó de buscar...

—Queréis decir de espiar—interrumpió Kaidú.

—Tal vez, señor—replicó pacientemente Marco—; pero no en el sentido que vos le dais a esa palabra. Yo recorro el mundo en busca de la más maravillosa creación de Dios: una mujer verdaderamente hermosa.

Y al decir esto clavó fijamente sus ojos en Nazama.

—¿La habéis encontrado?—inquirió la hermana de Kaidú con coquetería.

—Soy vuestro prisionero, señora, y si os respondiese la verdad acaso creeráis que mis palabras son interesadas...

—Habéis de una manera extraña—replicó Nazama sonriente—.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Marco Polo, señora. Un humilde servidor, pero que sabe apreciar la belleza donde la encuentra.

Nazama se derretía de gusto ante aquellas galanterías, a las que no estaba acostumbrada. Volviéndose a su hermano afirmó:

—Es evidente, hermano mío, que estos hombres no son espías.

—¡Evidentísimo!—reconoció Kaidú, que entraveía por fin la posibilidad de su próximo matrimonio con la bella sirvienta.

Y dando por terminada su audiencia se entró en su tienda, llevándose consigo a Marco y Bingucio...

Una vez a solas, el mismo desató sus ligaduras, y, lleno de amabilidad, les ofreció de beber.

—Probad este vino, Marco Polo. Espero que os gustará: está hecho con frutas traídas de los verdes valles de Cachemira.

Marco humedeció sus labios y alabó el brebaje.

—Y ahora, señor, ¿podremos reanudar nuestro viaje?

—Lo siento, amigo—sonrió Kai-

dú—, pero temo que no vais a poder marcharos en mucho tiempo.

—¿Queréis decir que somos aún vuestros prisioneros?

—En un cierto sentido, sí. Es decir, que si intentáis escaparos o eludir vuestros deberes, vos y vuestro criado seréis condenados a muerte.

—¡Nuestros deberes!—se asombró Marco—. ¿Qué deberes son esos?

Kaidú hizo sentarse a su prisionero, e instalándose a su lado, le explicó su proyecto. Durante mu-

chos años había buscado un hombre que agradase a su hermana, y ahora que lo había encontrado, no pensaba dejarlo escapar. La obligación de Marco consistiría, pues, en cortejar a Nazama hasta que ella le aceptase por esposo, cosa que no dudaba no tardaría en suceder.

Aquella perspectiva horrorizó a Marco.

—¿Y si no consigo conquistarla?—inquirió.

—Entonces—replicó Kaidú, amenazador—pondremos a hervir el aceite...

VIII

Mientras tanto, los ejércitos de Kublai Khan estaban ya listos para emprender la gran empresa de la conquista del Japón.

El Emperador, revestido de su brillante armadura damasquinada, daba el último adiós a su hija la Princesa Kukachin.

Ambos paseaban lentamente al borde del gran estanque de las carpas doradas. Kublai Khan había pasado cariñosamente el brazo por la cintura de su hija.

—Padre—suspiró la Princesa—, no quisiera que fueseis a esa guerra contra el Japón:

—Tampoco yo tengo muchas ganas de ir—reconoció el Emperador.

—Por lo menos—rogó Kukachin—, procurad que la guerra no sea muy larga.

—Lo procuraré—prometió Kublai Khan.

—Volved antes de que transcurran siete lunas—insistió la Princesa—. No olvidéis que en esa fecha debo emprender el viaje a Persia. ¿Es realmente indispensable que vaya, padre mío?

—Así ha sido dispuesto, hija mía. Kukachin lanzó un suspiro.

—Es verdad... Está dispuesto.

—¿Temes que no vuelva, hija mía?—inquirió el Emperador.

Ella se apretó, melosa, entre los brazos de su padre.

—Debéis volver, padre mío. Os necesito... os amo.

Enternecido el viejo Monarca, abrazó a su hija.

—Como Emperador, me siento orgulloso de tener tal Princesa, y, como padre, de tener tal hija... Adiós, hija mía.

Kublai Khan se separó de la Princesa, pero antes de abandonar el jardín, se volvió sonriente.

—Volveré antes de la séptima luna. Estad tranquila.

* * *

Desde lo alto de su torre privada, Ahmed veía partir los poderosos ejércitos de Kublai Khan.

Dos oficiales adictos al Ministro de Estado le acompañaban. Impresionado por el aspecto marcial de aquellos soldados, uno de ellos comentó:

—Cuando estas tropas desembarquen en el Japón, no va a quedar un japonés vivo.

Ahmed sonrió ambigüamente.

—Si es que llegan a Jesemliar-car. El mar de la China es un terrible adversario... un tifón puede poner término al glorioso reinado de Kublai Khan...

En aquel momento Bayan entró en la terraza y se acercó a su amo.

—¿Qué noticias traes, Bayan? —preguntó Ahmed.

—Señor, Marco Polo ha muerto! —¿Algún accidente?

—No, señor—replicó Bayan, mintiendo para adular a su amo—. Le he dado muerte yo mismo.

—Bien hecho, Bayan—aprobó el Ministro.

E inclinándose para saludar al Emperador, que salía en aquel momento cabalgando en un brioso corcel blanco, murmuró como hablando consigo mismo.

—Decididamente éste es un día afortunado...

* * *

Recostado en un diván recubierto de pieles de "yack", Kaidú atrajo hacia sí a la bella sirvienta, por la que se moría de amores. Ella se retiró, asustada.

—Señor... si nos viese vuestra hermana... Puede entrar en cualquier momento.

—¡Mi hermana!—rió Kaidú— ¡Nada temas!... Está muy entretenida ahora...

* * *

En efecto, la bella Nazama, en su tienda privada forrada de pieles,

escuchaba extasiada a Marco Polo, que le relataba sus aventuras.

—¡Oh! —exclamó entusiasmada—. ¡Qué vida maravillosa habéis llevado!

Marco Polo se apartó un poco en el diván, evitando el contacto de la ardiente Nazama.

—No tengo ningún mérito, señora. Esas cosas me han ocurrido a mí como podían haberle ocurrido a otra.

Pero ella replicó, mirándole con pasión.

—¡No!... Soy vos quien hacéis que os ocurran. Basta veros para comprenderlo... ¡Ah! ¿Por qué los demás hombres no son como vos?

Marco empezaba a encontrar demasiado insinuante a la bella tartara, pero reflexionando que su vida y la de Binguccio dependía de estar a bien con ella, se esforzaba en poner buena cara.

—¡Bah!—replicó, modesto—. Supongo que habrá muchos hombres como yo.

Nazama se le acercó aún más.

—No, Marco. Vos no rechazáis la felicidad cuando está a vuestro alcance. Sabéis cogerla al pasar.

Por si aquellas palabras no eran demasiado claras, Nazama tendió su rostro en muda oferta.

Marco comprendió que no podía seguir haciéndose el distraído. Pensó, cerrando los ojos, en su adorada Kukachin y le pidió perdón por la traición que iba a co-



... Una mujer alta y rubia, bella, pero de aspecto autoritario entró en el recinto...



—¡Oh!— exclamó entusiasmada—. ¡Qué vida maravillosa habéis llevado!

meter. Resignado, tendió sus labios para el beso que suponía esperaba su admiradora... pero en esto notó que le frotaban suavemente la nariz. Abrió los ojos y vio cómo Nazama frotaba, con gesto de felicidad, su apéndice nasal contra el suyo.

Sonrió, satisfecho, y replicó de buen grado a aquel frotamiento. Mientras Nazama se contentase con que se restregasen las narices, no veía inconveniente en proseguir el, para él, inocente juego... y, desde luego, no pensaba dar a su admiradora las lecciones que dió una vez a Kukachin en el jardín del palacio imperial, junto al altar de la diosa de los amores...

La sesión de masaje nasal fué interrumpida por una sierva que entró para reanimar el fuego de la estufa que ardía en el centro de la tienda.

Marco observó con sorpresa que, en vez de leña, echaban en el hogar unos pedruscos negros. Para satisfacer su curiosidad y para poner término a aquel masaje, que ya empezaba a cansarle, se levantó y, cogiendo un trozo de carbón, lo examinó atentamente.

En su país no se conocían aún aquellas piedras que ardían, y, pensando que eran dignas de ser llevadas a su padre, guardó unas cuantas en la famosa bolsa de cuero...

• • •

Cuando, poco después, fué a reunirse con Binguccio en la tienda del campamento que les había sido designada, su criado, mirándole con ironía, le preguntó cómo iban sus amores con la bella Nazama.

Marco sacó de su bolsa un pedazo de carbón.

—Mira, Binguccio. Pude haber cogido en la tienda de Nazama trozos de jade más grandes que esta piedra, pero he preferido traer esto.

—¿Estáis loco?—se escandalizó el criado—. ¿Para qué queréis ese pedrusco sucio y feo?

—Sucio y feo, en efecto—replicó Marco, pero tiene una extraña propiedad: ¡ardel... La gente de aquí lo llama carbón.

—¡Vaya unos regalos que le vais a llevar a vuestro padre!—reprochó Binguccio—: un manjar que parece culebras secas, un juguete que hace un ruido insoportable y una piedra negra que mancha los dedos. ¡Mejor sería que tiraseis esas porquerías y pensaseis en la manera de salir de aquí!

Marco recordó a su criado que no estaba allí por su gusto, y que en cuanto Nazama se cansase de él, los dos serían echados a una caldera de aceite hirviendo. Debía, por lo tanto, estarle muy agradecido del sacrificio que hacía para que Binguccio conservase su alma unida a su miserable cuerpo, y tener pa-

ciencia, hasta que hallase la forma de regresar sanos y salvos a Pekín.

• • •

Ahmed se hallaba paseando por el jardín cuando llegó, corriendo, un mensajero.

—Excelencia! Acaban de llegar noticias de que la Flota imperial ha sido destruída por un tifón.

En los ojos del ambicioso ministro brilló un relámpago de mal disimulada alegría. ¡Todo iba saliendo conforme a sus planes! Sin decir palabra se dirigió al salón del trono, y subiendo osadamente las gradas, tomó asiento en el sillón de púrpura, símbolo de la suprema majestad.

En esta posición le sorprendió el Embajador de Persia. Disimulando su asombro, recitó su mensaje:

—Excelencia: Mi señor, el Rey de Persia, me ruega recuerde al Primer Ministro que faltan pocos días para que la séptima luna brille en todo su esplendor.

Ahmed se puso en pie y se acercó sonriente al Embajador:

—No necesitáis recordarme la feliz fecha que debe estrechar los lazos amistosos que unen a nuestros dos países.

El Embajador tomó de manos de uno de los esclavos que le seguían una maravillosa arqueta de oro cincelado, y la tendió a Ahmed.

—En prueba del impaciente afecto de mi soberano hacia su futura esposa, me ruega hagáis llegar a manos de la Princesa esta humilde ofrenda.

Abrió Ahmed la arqueta, quedando deslumbrado ante el maravilloso collar de gruesos diamantes que brilló ante sus ojos.

—Es un presente regio, señor Embajador. Permitidme que os escolte a las habitaciones de Su Alteza.

El Embajador de Persia se dirigió hacia la puerta que daba a las habitaciones de la Princesa, pero Ahmed le señaló la que conducía a la torre privada.

—Por ahí no, Excelencia. Venid por aquí.

Receloso, el Embajador empezó a caminar; Ahmed iba a su lado llevando la preciosa arqueta. La guardia personal del Ministro de Estado les iba dando escolta silenciosamente.

El pobre Embajador, adivinando los siniestros propósitos del perverso Ministro, lanzó un grito:

—¿Qué hacéis? ¿A dónde me lleváis?...

El puente levadizo de la torre de Ahmed fué cayendo pesadamente, Ahmed y sus hombres empujaron al infeliz hacia el cuarto de los suplicios, sin hacer caso de los gritos desesperados que lanzaba...

Poco después, Ahmed se presentaba ante la Princesa, y abriendo ante ella la arquilla, le ofrecía la apreciable joya.

—Aceptad, Princesa, esta humilde prueba de mi inmenso amor.

Kukachin rechazó el presente con desprecio:

—Marchaos, Ahmed, y llevaos eso... ¡No lo quiero!

El orgulloso Ahmed sonrió siniestramente.

—Os agradezco vuestro desdén. Me será muy grato ver cómo el hijo de vuestra indiferencia se va fundiendo al calor del amor que os profeso.

Indignada ante tamaña osadía, Kukachin le mostró la puerta:

—¡Marchaos!... ¡Mi padre sabrá castigaros por vuestra insolencia!

El semblante de Ahmed reflejó un sentimiento de conmiseración:

—Vuestro padre "fué" un gran Emperador, Alteza. Su pueblo le recordará siempre con cariño...

Kukachin no se atrevía a adivinar el sentido de aquellas palabras.

—¿Qué queréis decir? —gritó, llena de inquietud.

—Tengo una triste noticia que comunicaros, Alteza: un tifón ha

destruido la flota de vuestro padre.

—Y él, ¿dónde está?

Ahmed se encogió de hombros:

—¿Quién puede saberlo? Tal vez haya podido llegar a las playas del Japón... Tal vez aún flote sobre el mar... Tal vez está ya en el fondo...

Pero os diré algo que puede consolaros, Princesa. Ya no es preciso que emprendáis ese largo y cansado viaje a Persia, pues he decidido que cuando brille la séptima luna seas mi esposa y compartáis mi gloria y mi trono como soberano del mayor Imperio que ha conocido el mundo... Tal vez, de momento, no me consideréis digno de ser vuestro esposo; pero el tiempo os vencerá de vuestro error.

Y dejando a la Princesa sumida en la desesperación, Ahmed se alejó, no sin recoger la arquilla que Kukachin había desdenado.

Cuando la infeliz Princesa se hubo quedado sola llamó a su fiel Visakha.

—Hay que mandar un mensaje inmediatamente desde la torre de los halcones.

—¿En qué dirección?

—Hacia el Oeste. ¡Es para Marco Polo!



*Marcos padeció. Sin duda, su amado estaba en peligro y le llamaba:
—¿Dejáme ir!— replicó—. ¡Me necesitan!*



*—¡Marcos Polot—se asombró el ciego—. ¿Qué hacía aquí?
—Ánchéd me ha enviado...*

Y Visakha, obediente, salió a cumplir la orden de su ama.

Kaidú hizo venir a su tienda a Marco Polo y le mostró el papel que había sido hallado arrollado a la garra de un halcón que uno de sus hombres acababa de cazar de un flechazo.

Marco trató inútilmente de descifrar aquellos caracteres, cuyo significado desconocía.

—No sé leerlo—confesó—; pero veo dibujada una flecha.

—Es el emblema de la Princesa Kukachin—explicó Kaidú.

Marco palideció. Sin duda, su amada estaba en peligro y le llamaba.

—¡Dejadme ir!—suplicó—. ¡Me necesitáis!

Pero el jefe tártaro no se dejó conmovet. La presencia de Marco le era indispensable para que la irascible Nazama le dejase continuar su fírteo.

—¡Kaidú, escuchadme!—reiteró Marco, implorante.

Pero éste permaneció inflexible.

—¡Hasta luego, Marco!... Os espero para la cena, y os voy a hacer una advertencia amistosa: ¡no intentéis fugaros!

Y salió de la tienda, dejando a Marco sumido en la mayor desesperación.

Bayan penetró corriendo en las habitaciones de Ahmed:

—¡Señor, el Emperador regresa! Ahmed palideció:

—¿Con todo su ejército?

—No. Solamente trae su guardia personal: unos cien hombres. ¿Queréis que les demos muerte antes de que atraviesen los muros del palacio?

Ahmed había recobrado ya su sangre fría:

—No. Déjalos entrar...

Bayan inició una protesta. Si el Emperador recobraba su trono, castigaría con la muerte a su inbel Ministro.

—¡Haz lo que te digo!—ordenó Ahmed—, y traéme aquí a la Princesa inmediatamente.

El cruel y ambicioso Ahmed había formado un plan siniestro, con el que pensaba lograr, a pesar de todo, el triunfo de sus ambiciones.

Poco después salía a recibir, con grandes muestras de afecto, a su soberano.

El aspecto de Kublai Khan era lastimoso. El arrogante conquistador que partió pocos días antes al frente del más poderoso ejército del mundo, era ahora un pobre anciano cansado y abatido.

—¡Majestad!—exclamó Ahmed—. ¡Laudos sean los espíritas

de la tierra y de las aguas, por vuestro regreso!

El Gran Khan sonrió, escéptico:

—Gracias, Ahmed; pero esos capiritus no han querido evitar el desastre de mi Armada en el mar de la China. Miles de mis soldados han perecido en el tifón. Los restos de mi ejército que lograron desembarcar en el Japón, fueron fácilmente derrotados. Esa pequeña nación es difícil de someter...; pero, ¿ahí, ¿aquí estoy otra vez!

Habían entrado en el salón del trono, decorado e iluminado como para una gran fiesta. Kublai Khan se extrañó: aquélla no era la ocasión a propósito para tales festejos.

Ahmed sonrió. El Emperador interpretaba mal el significado de aquellos preparativos, que, en realidad, estaban destinados a celebrar una boda.

—¿Una boda?—se asombró Kublai Khan—. ¿Quién se casa?

—La Princesa Kukachin—explicó el Ministro, imperturbable—: he decidido no efectuar el viaje a Persia...

Y así diciendo, Ahmed desarrolló un pergamino ante su soberano, invitándole a firmarlo.

—Se trata solamente—explicó con tono inapelable—de vuestro reconocimiento de que cuando me haya casado con vuestra hija seré, a vuestra muerte, heredero del trono de China.

—¡Traidor!—rugió Kublai Khan, rechazando el documento—. ¡Que venga mi guardia!... ¡Detened a este hombre!... ¡Os lo mando!

Pero el Emperador vió, helado de espanto, que los soldados permanecían impassibles, como si no le hubiesen oído.

Ahmed recogió el pergamino del suelo y volvió a ponerlo ante los ojos del Gran Khan.

—Es mejor que os decidáis a firmar, Majestad—repitió insinuante—. Podéis estar seguro de que seré un digno heredero vuestro.

—¡Me niego terminantemente!

A una señal de Ahmed, los guardias rodearon al Emperador y, a empellones, le condujeron a la sala de las torturas, en el pabellón privado de Ahmed.

Ante la cortina que ocultaba a los buitres, Ahmed volvió a presentar el pergamino al Rey; y como éste reiterase su negativa, hizo un gesto a Bayan.

—Majestad, siento que me obliguéis a usar de unos medios de persuasión que me repugnan.

Se descorrió la cortina, y una blanca figura encadenada a la mesa de mármol apareció ante los ojos atónitos de Kublai Khan. Desde sus barrotes de hierro, las aves carniceras alargaban sus afilados picos hacia la inocente víctima.

—¡Kukachin!—gritó el Emperador, reconociendo a su hija.

—Si os fijáis en la expresión de estos pájaros—pronunció lentamente el malvado Ahmed—, observaréis que están enojados. Es porque hace varios días que no comen; Y cuando un buitre está hambriento, Majestad... No me forcéis a soltarlos...

El diabólico plan de Ahmed había triunfado. Kublai Khan firmaba con mano temblorosa el documento, mientras suplicaba impaciente:

—¡Soltadlos!... ¡Sacadlos de ahí!... ¡Pronto!

Marco y Binguccio paseaban entre las tiendas del campamento de Kaidú. El fiel criado se mostraba inquieto: había visto poner al fuego una gran caldera de aceite, y temía que les estuviese destinada. ¿Acaso Nazama ya no amaba a Marco?

Pero éste no le escuchaba. Entre los soldados de Kaidú le había parecido reconocer a Toctai, el esbirro de Ahmed, y al momento un plan audaz se forjó en su mente.

Acercándose al traidor, murmuró a su oído:

—¡Toctai!

El hombre palideció. Marco se alejaba hacia su tienda seguido de Binguccio. Desde la entrada, hizo una seña al espía, que, disimuladamente, fué acercándose, y cuando estuvo seguro de que nadie le observaba, entró donde le esperaba Marco.

—Toctai—repitió el veneciano—, ¿me reconoces?

—¡Marco Polo!—se asombró el esbirro—. ¿Qué hacéis aquí?

—Ahmed me ha enviado.

—¿Para matar a Kaidú?

X

—Ahmed dice que debe morir—replicó Marco.

—Pero vos no debéis matarle—replicó el espía, temeroso de perder la recompensa que esperaba por tal hazaña—. Eso debo hacerlo yo.

—Naturalmente—concedió Marco—. Acabo de recibir un mensaje de Ahmed.

—¿Sí? ¿Y qué dice?

—Dice que tiene prisionera a la Princesa—arriesgó Marco.

—Sí. Ya lo sabía. Va a casarse con ella dentro de unos días, y cuando ocupe el trono de Kublai Khan nos hará nobles. ¿Qué más dice?

Marco ya sabía cuanto deseaba. Ahora era preciso partir cuanto antes; pero, ¿cómo? Rápidamente forjó un nuevo plan, soñando al pensar que el propio Toctai le iba a dar los medios para escapar.

—Ahmed dice que hay que matar a Kaidú hoy mismo.

—Estoy dispuesto. Esta noche estoy de centinela en la tienda de Kaidú, y si el rebelde está en ella...

—Estará—aseguró Marco—. Yo me encargo de ello.

—Bien. Una vez muerto Kaidú, huiémoslos juntos... ¡Hasta luego!

Y con un guiño de complicidad, Toctai salió de la tienda.

* * *

Marco y Binguccio cenaron aquella noche en la tienda de Kaidú. Terminada la cena, el jefe tártaro, impaciente por reunirse con su amada, dijo a su hermana:

—Nazama, si no te importa, voy a salir a tomar un poco el fresco.

La bella Nazama, que no deseaba otra cosa que quedarse a solas con su Marco para reanudar aquellos deliciosos tratamientos nasales, accedió en seguida:

—Sí, hermano mío. El aire fresco te sentará muy bien.

Pero Marco retuvo al tártaro:

—No os vayáis aún Kaidú. Habéis amenizado la cena con música deliciosa de vuestro país. Ahora quiero que oigáis canciones de mi tierra...

Kaidú pareció no sentir la menor curiosidad por conocer el folklore veneciano. Prefería — afirmó, guiñando un ojo a Marco — el aire fresco de la noche.

Marco fingió no comprender la indirecta:

—Os equivocáis, Kaidú. Binguccio tiene una voz preciosa. Sentaos, y escuchadle.

Y volviéndose a su criado, que le escuchaba atónito, ordenó:

—¡Vamos, canta!

—¿Yo? — protestó el infeliz —. ¡Bien sabéis que no sé cantar!

Marco le pellizcó disimuladamente el brazo:

—¡Canta, Binguccio, una de esas canciones tan bonitas que tú sabes!

Resignado, el aludido entonó — o desentonó — la única canción que sabía. Parecía como si siete gatos maullasen en su barriga, y Kaidú, impaciente, fruncía el ceño ante aquella interminable melopea.

Mientras duraba el canto, llegó el relevo de la guardia, y Marco, de rojo, pudo ver que Toctai reemplazaba al soldado saliente.

Por fin terminó Binguccio sus desafinados gorgoritos. Kaidú, impaciente, se puso en pie.

—La música de vuestro país es magnífica, en efecto; pero debo advertiros que a mí no me gusta ninguna clase de música.

Y Kaidú se dispuso a ir en busca del "aire fresco de la noche"; pero Marco le retuvo de nuevo.

—Esperad un momento, Kaidú, y luego os itéis. Precisamente quería enseñaros un divertido juego que prueba que la mano es más rápida que el ojo.

Kaidú hizo un gesto de resignación. No le interesaba mucho aquel juego, pero temía disgustar a su hermana contrariando a Marco.

—Para este juego — dijo Marco — debéis poneros de cara a la pared.

Y así diciendo, condujo a Kaidú a un extremo de la tienda. Volvién-

dose luego disimuladamente, hizo un gesto a Toctai. Este, sin vacilar, lanzó violentamente el dardo que tenía en la mano, y que hubiera ido a clavarse en las espaldas del jefe tártaro si Marco no le hubiese atraído hacia sí violenta y rápidamente, apartándole de la trayectoria del arma arrojadiza.

Nazama lanzó un grito de espanto. Toctai, al verse descubierto, intentó huir; pero las tropas, al oír el grito de la hermana del jefe, habían hecho irrupción en la tienda.

—¡Es un espía de Ahmed!—gritó Marco, señalando al traidor.

—¡Detenedlo!—ordenó Kaidú—; luego veremos lo que se hace con él.

Cuando se hubieron marchado las tropas con el prisionero, el tártaro abrazó a Marco.

—¡Os debo la vida!

—No lo he hecho por vos—replicó Marco—. Pero hago cuanto puedo por perjudicar a ese canalla de Ahmed.

—No importa. Si no hubiese sido por vos, a estas horas estaría muerto, con una jabalina clavada en la espalda. ¡Déjanos solos, Nazama!

La hermana de Kaidú obedeció. Este se acercó a su salvador.

—Sentaos, Marco. ¿Cómo sabiais que intentaban matarme?

—He hecho un poco de espionaje por mi cuenta—sonrió Marco Polo—. Y ahora dejadme haceros, a mi vez, una pregunta: ¿por qué os ha-

béis rebelado contra Kublai Khan?

—Porque obliga a mi pueblo a pagar unos tributos excesivos. No tengo inconveniente en pagar unos impuestos razonables a Kublai Khan, pero nunca consentiré en engrosar las arcas del tesoro privado de Ahmed.

—Tenéis razón; pero, ¿por qué no ponéis remedio a ello?

—¿Cómo?

—Lanzando vuestro ejército sobre Pekin y apoderándoos del palacio.

Kaidú sonrió:

—¿Queréis que enfrente mi ejército contra las fuerzas innumerables del Emperador?

Marco Polo le miró cara a cara:

—Kublai Khan ha partido al frente de su ejército a conquistar el Japón, y Ahmed ha quedado con escasas fuerzas en Pekin.

Los ojos de Kaidú brillaron de alegría.

—¿Comprendéis ahora lo que significaba el mensaje de la Princesa?—prosiguió Marco—. Ahmed va a casarse con ella y a proclamarse Emperador de China.

—¡Ahmed, Emperador!—gritó espantado Kaidú—. ¡Sería horrible!

—¡Vos no lo podéis evitarlo, Kaidú!

—¿Cómo?

—El camino de Pekin está libre. Nadie puede deteneros.

El jefe tártaro vacilaba:

—Las murallas de Pekín son muy fuertes, Marco. Y, aun suponiendo que lograse penetrar en la ciudad, el palacio también tiene murallas y fosos inexpugnables.

—Dejadlo a mi cuidado, y os prometo que franquearéis los muros del palacio.

—¿Cómo lo lograréis?

—Ya os he dado pruebas de lo que soy capaz. Tened confianza en mí.

—Es cierto...; pero hay cosas imposibles...—vaciló Kaidú—. De todos modos, os debo la vida, y es una deuda que os quiero pagar. Podéis pedirme tres cosas, y con tal de que estén a mi alcance, os las concederé.

Marco no tuvo que reflexionar mucho tiempo.

—La primera, es que medéis el caballo más rápido del campamento.

—Concedido. ¿Cuál es la segunda?

—Que me dejéis marchar al amanecer... antes de que Nazama se haya levantado.

Kaidú frunció el ceño pensando en la escena que le haría su "carifosa" hermanita; pero había prometido, y era hombre de palabra.

—Concedido. ¿Cuál es tu tercera petición?

—La tercera—sonrió Marco—me la reservo para más adelante.

—Está bien. Saldrás al amanecer.

Y Kaidú, llamando a uno de sus

guardias, ordenó que estuviese preparado para el alba el más raudó caballo de sus cuadradas.

Empezaba a despuntar el día cuando Marco Polo, montado en un brioso corcel, se despedía de su amigo Kaidú.

—No olvidéis que cuanto más tardéis en atacar, mas tiempo dais a Ahmed para aumentar sus fuerzas... ¡No perdáis tiempo, Kaidú!

Binguccio llegó corriendo en aquel momento:

—¡Marco!... ¡Marco Polo!—sollozó con voz desfallecida—. ¿A dónde vais?

—¡A Pekín!

—¿Y qué va a ser de mí? Me dejáis solo entre esta banda de forajidos... excepto vos, Kaidú—corrigió Binguccio, con una sonrisa adulatoria hacia el jefe tártaro.

—Nos veremos en Pekín—le replicó Marco—. El señor Kaidú cuidará de ti, y si no tiene tiempo, la señora Nazama lo hará con mucho gusto...

Como si al nombrarla la hubiese evocado, la enamorada tártara surgió, desmelenada y suplicante:

—¡Marco Polo!

Al verla, Marco picó espuelas y huyó al galope tendido.

—¡Marco!... ¡Mi Marco! ¿A dónde vais?



... Kaidō, impaciente, frunció el ceño ante aquella interminable melopea...



—Tenéis razón, pero, ¿por qué no ponéis remedio a ello?
—¿Cómo?
—Lanzando vuestro ejército sobre Pekín...

Pero el fagitivo desaparecía ya a lo lejos en una nube de polvo.

Nazama se volvió furiosa contra su hermano:

—¡Manda que le detengan! ¡Que me lo traigan!

Y Kaidù, prefiriendo todos los riesgos a otra escena con su her-

manita, se decidió de pronto a la gran aventura:

—¡Tenéis razón!... ¡Orden de marcha!... ¡Que toquen a asamblea general!... ¡Que se prepare todo mi ejército!... ¡Partimos a la conquista de Pekin!



XI

Chen Tsu había recibido orden de preparar gran cantidad de pólvora para las iluminaciones de palacio, con motivo de la boda de la Princesa Kukachin con el Primer Ministro y heredero del trono, Ahmed.

Se hallaba en su laboratorio, entregado a sus manipulaciones, cuando se abrió la puerta y apareció Marco Polo, cubierto de polvo y jadeante.

Al reconocer a su antiguo amigo, Chen Tsu interrumpió su trabajo y corrió hacia él con los brazos extendidos:

—¡Qué agradable sorpresa, mi honorable amigo! ¿De dónde venís?

—De muy lejos, mi querido Chen Tsu. Pero no hay tiempo para explicaros lo que me ha ocurrido. Quiero solamente pedirlos que me fabriquéis la mayor cantidad posible de pólvora que podáis...

Chen Tsu señaló los sacos que llenaban el laboratorio:

—Ahí tenéis la mayor cantidad de pólvora que jamás he fabricado.

—¿Quién os la ha encargado?

—Ahmed.

—¿Y para qué la quiere?

—Para las iluminaciones con motivo de su boda.

—¿Cuándo se casa?

—Esta noche.

—¡Esta noche!—exclamó Marco—. ¡Chen Tsu, es preciso que me ayudéis a entrar en Palacio!

El filósofo sonrió con ironía.

—Vos, el amigo de Kublai Kaan, ¿necesitáis mi ayuda para entrar en su Palacio?

Marco le explicó que tenía que entrar sin que lo supiese Ahmed.

—¡Comprendo! El león quiere disfrazarse de ratón para evitar que le vea la serpiente—replicó Chen Tsu en el lenguaje lleno de imágenes a que son tan aficionados los chinos.

Marco se impacientaba al ver la calma y la tranquilidad de su amigo. No había tiempo para retóricas ni filosofías. Había que actuar inmediatamente.

Chen Tsu reflexionó unos momentos, que a Marco le parecieron siglos. Por fin sonrió satisfecho: había hallado la forma de complacer a su amigo.

—Quitaos ese vestido—ordenó.

Kukachin había decidido morir antes que pertenecer al odioso Ahmed. Con lágrimas en los ojos, la fiel Visakha, obedeciendo a su mandato, le presentó sobre un almohadón un pequeño puñal damasquinado con el mango cubierto de pedrería.

La gentil Princesa tomó el arma con sus afiladas y marfileñas manos y volvió su rostro doloroso hacia la diosa de los amores.

—Os estoy agradecida, ¡oh, diosa!, por haberme hecho conocer las bellas cosas de este mundo y especialmente el amor..., por haber permitido que conociese, aunque por tan poco tiempo, a mi amado Marco Polo...

La blanca mano alzó el puñal y lo apoyó contra el pecho. Visakha, arrodillada a sus pies, lloraba desconsoladamente...

* * *

Las puertas del Palacio se abrieron para dar paso a un grupo de chinos de aspecto miserable. Eran los hombres contratados para la limpieza de los suelos en los grandes salones donde debía celebrarse la boda de la Princesa y el Primer Ministro.

Entre aquellos hombres se veía uno de elevada estatura que, agachándose y ocultando su rostro a las miradas de los guardias, se esforzaba en pasar inadvertido...

Mientras la tropa de limpiadores fregaba los suelos de rodillas, aquel hombre, sin dejar de pasar su bayeta por las pulimentadas losas de mármol, se iba escurriendo hacia las habitaciones de la Princesa.

Cuando estuvo cerca de la puerta, después de cerciorarse de que nadie le observaba, se enderezó y, rápidamente, penetró en las estancias de la hija del Rey.

* * *

La Princesa se disponía a clavarle el puñal en su blanco pecho. Un grito de una voz amada y conocida la detuvo en el momento fatal:

—¡Princesa!

Kukachin arrojó el arma al suelo y lanzó una exclamación de inenarrable gozo:

—¡Marco Polo!... ¡La diosa me permite la felicidad de verte antes de morir!

Y vencida por tantas emociones, la Princesa se reclinó contra el muro. Marco se acercó a ella.

—¡Kukachin! ¡Quién piensa en morir! Hay que buscar el modo de salir de aquí.

La hija del Rey suspiró tristemente:

—¡Imposible! Los guardias de Ahmed van a venir de un momento a otro a buscarme para la boda.

Las grandes campanas de bronce colocadas en lo alto de la torre vigía empezaron a tocar, estremecien-



—No olvidéis que cuanto más tardéis en atacar, más tiempo dáis a Ahmed para aumentar sus fuerzas... ¡No perdáis tiempo, Kaidá!



—¡Kakachin! ¿Quién piensa en morir?... ¡Hoy que buscar el modo de salir de aquí...

do el aite de trágicas vibraciones.

—¿Qué significa eso?—se inquietó Marco.

Kukachin, temblorosa, se lo explicó. Aquellas campanas solamente sonaban cuando la ciudad estaba amenazada.

Un rayo de luz pasó por la mente de Marco.

—¡Es Kaidú! ¡Por fin se ha decidido!

* * *

Ahmed terminaba de vestirse una magnífica túnica bordada de oro para la ceremonia de su boda con la Princesa, cuando entró Bayan precipitadamente.

—¡Señor!... ¡Kaidú ataca la ciudad! ¡He ordenado que cierren las puertas!

Ahmed se estremeció, pero después de reflexionar unos momentos, sonrió enigmáticamente.

—No, Bayan. Dejad abierta la puerta del Oeste.

—¡Pero, señor!...—exclamó Bayan, creyendo que su amo había perdido el juicio.

—Dejadle que entre por la puerta del Oeste—continuó Ahmed—y que avance hacia las puertas de Palacio.

—¡Pero, señor!—protestó Bayan—. ¿Dejaréis que el ejército de Kaidú se apodere de la ciudad?

—No—replicó Ahmed—, cerraréis la puerta en cuanto Kaidú y su Estado Mayor hayan pasado. Así, separado de su ejército... y con las puertas inexpugnables de Palacio delante de él y la del Oeste detrás, quedará a nuestra merced.

—¡Comprendido!—replicó Bayan, admirado de la astucia de su amo.

* * *

Kukachin estaba horrorizada ante el ataque de Kaidú. El jefe rebelde, si se apoderaba de la ciudad, los mataría a todos.

—Al contrario—replicó Marco Polo—. Es nuestro aliado. Debemos tratar de reanirnos con él al momento.

Unos pasos resonaron a lo lejos. —¡Los hombres de Ahmed vienen a buscarme!—exclamó la Princesa. Marco debía marcharse.

—Retrasad la ceremonia todo lo posible. ¡Volveré a salvaros!

Y dejando a la infeliz Kukachin vacilando entre el temor y la esperanza, saltó al jardín y desapareció.

Las órdenes de Ahmed habían sido cumplidas exactamente. Kaidú con sus generales y algunas tropas quedó preso, como en una ratonera, en la gran plaza que se extendía entre la puerta principal del Palacio y la puerta Oeste de la ciudad.

Hallando cerradas las puertas de Palacio, Kaidú, pensando que Marco le había traicionado, dió orden de volver grupas y salir de la ciudad.

Pero las enormes puertas de hierro habían ido cayendo lentamente, seccionando en dos partes los ejércitos de Kaidú cuando entraban confiados en la ciudad.

Desde la torre mas alta de Palacio, Ahmed contemplaba sonriendo a su enemigo, que daba órdenes contradictorias, desconcertado por la inesperada situación.

—Las puertas de Pekin—murmuró—han sido intranqueables a todos los invasores desde hace cientos de años..., pero nunca vieron un invasor más estúpido que Kaidú.

Un oficial se acercó al Primer Ministro para anunciarle que la Princesa se hallaba ya en el lugar de la ceremonia.

—Bien—dijo Ahmed, disponiéndose a ir a reunirse con su prometida— Bayan, ocupaos de que Kaidú vaya a reunirse con sus antepasados antes de que la ceremonia haya terminado... o tréis vos a reunirlos con los vuestros.

Y el ambicioso Ministro abandonó su observatorio, mientras Bayan daba orden a los arqueros de que disparasen desde las almenas de las murallas contra el indeseado Kaidú y sus huestes caídos en la trampa.

En esto, por una de las callejuelas de la ciudad desembocó un carro conducido por Marco Polo. Pasando entre la nube de flechas detuvo el carro junto a la puerta de Palacio.

Protegido por la cornisa de la puerta descargó los sacos que transportaba el carro y los puso junto a la puerta. Dejó un saco en el carro y, abriéndole un agujero con su puñal, subió al pescante y a toda velocidad cruzó la plaza en dirección al extremo opuesto, donde Kaidú y sus hombres se habían refugiado.

El jefe tártaro maldecía de Marco, al que creía culpable de la apurada situación en que se hallaba.

Binguccio se esforzaba en tranquilizarle: estaba seguro de que Marco no tardaría en llegar para salvarles.

En aquel momento llegó el carro ante ellos, dejando tras sí su rastro de pólvora.

Marco saltó del pescante y saludó a Kaidú.

Al principio, el jefe tártaro no reconoció a aquel hombre vestido como un pordifosero chino, que le saludaba.

—¡Kaidú!... ¡Soy Marco Polo!

—¡Marco!—exclamó Kaidú—. ¿Dónde habéis estado?

—No hay tiempo que perder—replicó Marco—. Hay que atacar inmediatamente.

—¿Atacar, con casi todo mi ejército del otro lado de las murallas?

—¡Ordenad a vuestros mejores hombres que ataquen la torre de la puerta del Oeste!

Kaidú dió la orden sugerida por Marco Polo, sin comprender qué era lo que aquel hombre se proponía.

—¿Cuál es vuestro plan, Marco?

Marco Polo tomó una antorcha de manos de uno de los soldados y prendió fuego al reguero de pólvora.

—¡Este es mi plan, Kaidú!

El tártaro miraba correr la lengua de fuego hacia la puerta del Palacio sin comprender lo que aquello significaba...

Mientras tanto, en el interior del Palacio, la ceremonia de la boda continuaba con sus complicados ritos.

Ahmed ya había respondido a la pregunta del Gran Sacerdote de Buda afirmando que aceptaba a Kukachin por esposa.

—¡Aleza!—dijo el bonzo dirigiéndose a la Princesa—, ¿aceptáis a este hombre como esposo y señor vuestro?

Kukachin, recordando la promesa de Marco, decidió alargar cuanto fuese necesario la ceremonia. Para ello llamó en su auxilio a todas las reinas sus antepasadas. Afortunadamente, pertenecía a una dinastía milenaria...

—Yo, Princesa Kukachin, de la noble dinastía de Gengis Khan por mi padre, el ilustre Emperador Kublai Khan, e hija de Togar, mi ilustre madre, que era hija de Idabar, que a su vez fué hija de la gran reina Dir-Si...

En esto sonó una formidable explosión, que hizo retomblar los muros del palacio. Todos los asistentes se volvieron, atemorizados; pero Ahmed dió orden de proseguir la ceremonia.

Kukachin continuó, por lo tanto, paseándose por las ramas de su árbol genealógico, ante las miradas furibundas e impacientes de Ahmed.

—... que a su vez era hija de la Princesa Ming-Tai-So, que fué hija de la Reina Danad...

En esto se abrió con gran estrépito la puerta de la estancia, y, seguidos de unos cuantos guerreros, Marco Polo y Kaidú, con las espadas desnudas, entraron en el recinto.

—Queremos daros la bienvenida ante toda la corte, amado primo nuestro, señor Kaidú. Comprendernos que vuestros súbditos han sido víctimas de una injusticia, pero os podemos asegurar que la causa de



—*¡Ordénad a vuestros hombres que ataquen la torre de la puerta del Oeste!*...

—¡Marco Polo!—gritó la Princesa, corriendo hacia su amado...

* * *

Kublái Khan reunió a toda su corte en el salón del Trono, Kaidú se sentó a su derecha como prueba de aprecio y distinción.

Incorporándose en su asiento, el viejo Monarca habló solemnemente:

esa injusticia ha sido ya eliminada totalmente...

Un grupo de bellísimas muchachas entró en aquel momento en el salón del trono y Kublái Khan, designándolas, prosiguió.

—Os rogamos, señor Kaidú, que os dignéis aceptarlas para vuestro servicio como una prueba del afecto que os profesamos...

Los ojillos de Kaidú contempla-

ron, admirativos y golosos, el regalo. Marco Polo se le acercó:

—Y ahora, señor Kaidú, os voy a hacer mi tercera petición.

—Decidme.

—Os ruego que aceptéis el presente del Emperador..., y que os volváis a vuestros feudos.

—Es la promesa que cumpliré con más gusto—sonrió el tártaro.

Marco desarrolló un pergamino y lo tendió al Monarca:

—Creo que es el momento oportuno para que estudiéis este proyecto de acuerdo comercial entre vuestro Imperio y mi país, Majestad.

Y mientras Kabiái Khan pasaba la vista por el documento, Marco Polo se acercó a la Princesa:

—¿Y ahora tendréis que empre-

der el viaje para ser Reina de Persia?

—Sí...—suspiró Kukachin.

—Creo que vuestro padre se dignará nombrarme vuestro protector en ese peligroso viaje.

Ella le sonrió dulcemente.

—¿Será muy largo, muy largo, el viaje?

—Larguísimo—aseguró Marco Polo rotundo—. Además, lo alargaremos recorriendo todas las islas de los mares del Sur.

Ella hizo un delicioso mohín:

—¿Y qué va a decir el Rey de Persia?

Marco Polo se encogió de hombros.

—¡Oh!—dijo con indiferencia—. Llévate veinte años esperándolos... puede seguir esperándolos... ¡toda la vida!

FIN

Números publicados de la "NOVELA-CINE"

Núm.	TITULO	INTERPRETES
1	La muchacha de Moscú.....	Conchita Montes-Amadeo Nuzzari.
2	Es un periodista	Barry K. Barnes-Valerie Hobson.
3	Boda en el infierno.....	Conchita Montenegro-José Nieto.
4	Ángel	Mariene Dietrich-Melwyn Douglas.
5	Goyescas	Imperio Argentina-Rafael Hivelles.
6	La aldea maldita.....	Florencia Héquer-Julio Rey Heras.
7	La encontré en París.....	Claudette Colbert-Melwyn Douglas.
8	El frente de los suspiros.....	Antoñita Colomé-Alfredo Mayo.
9	Tráfico en diamantes.....	Isa Miranda-George Brent.
10	Si yo fuera rey.....	Ronald Colman-Frances Dee.
11	Correo de Indias.....	Conchita Montes-Julio Peña.
12	La octava mujer de Barba Azul.	Claudette Colbert-Gary Cooper.
13	Intriga	Blanca de Silos-Julio Peña.
14	El prisionero de Zenda	Ronald Colman-Madeleine Carroll.
15	Madrid de mis sueños.....	Maria Mercedes-Roberto Rey.
16	Medianoche	Claudette Colbert-Don Ameche.
17	El misterioso Doctor Satán.....	Edward Ginnelli-Robert Wilcox.
18	Mando siniestro	Claire Trevor-Jhon Wayne.
19	Almas en el mar.....	Frances Dee-Gary Cooper.
20	Paraíso para dos.....	Patricia Ellis-Jack Hulbert.
Extraordinaria	55 vidas de cine.....	Carlos Fernández Cuenca.
21	Al servicio del deber.....	Jane Wint-Chester Morris.
22	Ídolo en Mallorca.....	Antoñita Colomé-José Nieto.
23	En hombre en París.....	Valerie Hobson-Barry B. Barnes.
24	La caravana del Oeste.....	Anita Louise-Chester Morris.
25	Cuatro culpables.....	Ben Lion-Syd Walker.
26	Desfile sobre el hielo.....	Dorothy Lewis-James Ellson.
27	Arca de oro.....	James Stewart-Paulette Goddard.
28	Castillo de naipes.....	Blanca de Silos-Raúl Cancio.
29	Serenata nostálgica.....	Cary Grant-Irene Dunne.
30	Delator anónimo.....	Tamara Desni-Edmund Lowe.
31	Recuerdo de una noche.....	Barbara Stanwyck-Fred Mc. Murray.
32	El caso de la señorita asustada.	Martina Goring-Penelope Dudley.
33	Sentencia anónima.....	Sonnia Hale-Wilfrid Lawson.
34	Boda asejada.....	Margaret Lockwood y Frank Carr.
35	Se vende un palacio.....	Mary Santamaría-José Nieto.
36	Ídolos	Conchita Montenegro-Ismael Merlo.
37	La Boda de Quinita Flores...	Luchy Soto-Rafael Durán.
38	Una familia imposible	Maria Mercedes-Armando Falconi.
39	Café de París	Conchita Montes-José Nieto.
40	Luz de Gas	Diana Wynyard-Antón Walbrod.
41	Búffalo Bill	Gary Cooper-Jean Arthur.
42	El Abanderado.....	Mercedes Vecino-José Nieto.
43	Se acabó la música.....	Jimmy Durante-Diana Napier.
44	Dura la espía	Maruchi Fresno-Adriano Rimoldi.
45	Sólo los ángeles tienen alas...	Jean Arthur-Gary Grant.
46	Mi fantástica esposa	Antoñita Colomé-Fco. Melgares.
47	Las aventuras de Marco Polo.	Gary Cooper-Sigríd Curie.

Si no encuentra en la librería o en el puesto de periódicos el número que le interesa de esta colección, puede pedirnoslo por correo y le será enviado inmediatamente contra reembolso.

EDICIONES RIALTO

Av. José Antonio, 54

MADRID

EDICIONES RIALTO

ACABA DE PONER A LA VENTA

VIEJO CINE EN EPISODIOS

DE

Carlos Fernández Cuenca

La historia más completa y documentada del origen y proceso evolutivo del cine desde las antiguas películas de episodios hasta nuestros días.



DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA

UN LIBRO QUE TODO BUEN
CINEMATOGRAFISTA
DEBE ADQUIRIR

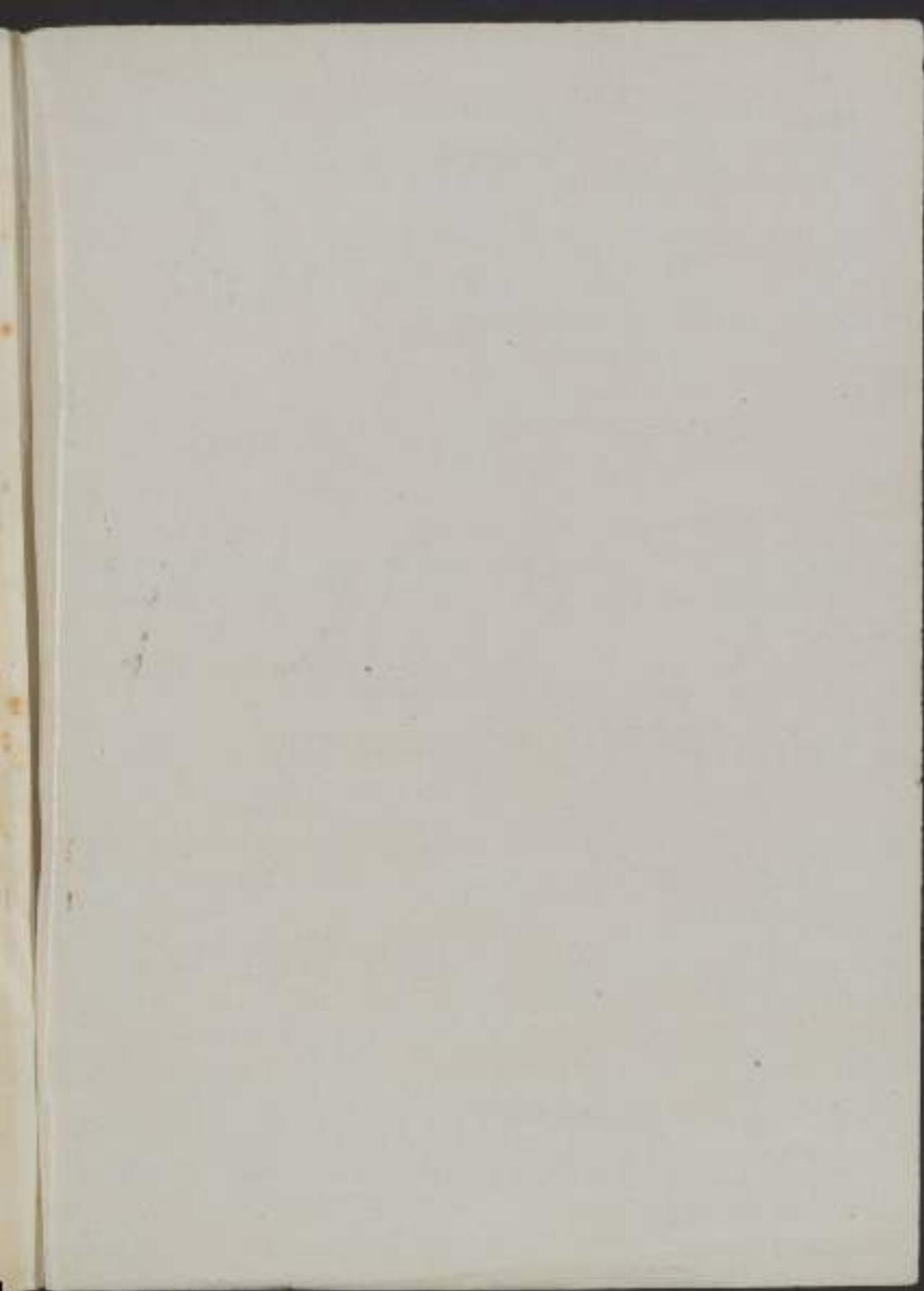
*

PRECIO DE VENTA: DOCE PESETAS

DIRECCION:

ENVIAMOS PEDIDOS CONTRA REEMBOLSO

EDICIONES RIALTO - Avda. José Antonio, 54 - Teléfono 23554





PRESENTA

SU SEGUNDA GRAN PRODUCCION ESPAÑOLA
DE LA TEMPORADA 1943-44

ALTAR MAYOR

Basada en la novela de igual título
original de CONCHA ESPINA

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

PROTAGONISTAS:

MARUCHI FRESNO - LUIS PEÑA

Dirección: GONZALO DELGRAS

La novela de esta película será puesta a la venta por EDICIONES
RIALTO, Colección Cine.

No deje de adquirirla antes de que se agote.